

La lectura

Elogio del libro y alabanza del placer de leer

JUAN DOMINGO ARGÜELLES | ILUSTRACIONES: IRMA BASTIDA HERRERA



La lectura

Elogio del libro y alabanza del placer de leer

COLECCIÓN LETRAS

En busca



del lector

La lectura

Elogio del libro y alabanza del placer de leer

Juan Domingo Argüelles

ILUSTRACIONES: Irma Bastida Herrera

foem
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Alejandro Fernández Campillo
Secretario de Educación

CONSEJO EDITORIAL

Presidente

Sergio Alejandro Ozuna Rivero

Consejeros

Rodrigo Jarque Lira, Alejandro Fernández Campillo,
Marcela González Salas y Petricoli, Jorge Alberto Pérez Zamudio

Comité Técnico

Félix Suárez González, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Ejecutivo

Roque René Santín Villavicencio

La lectura. Elogio del libro y alabanza del placer de leer

© Primera edición: Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México, 2012

© Segunda edición, 2014

© Tercera edición, 2018

D. R. © Gobierno del Estado de México

Palacio del Poder Ejecutivo

Lerdo poniente núm. 300,

colonia Centro, C. P. 50000,

Toluca de Lerdo, Estado de México.

© Juan Enrique Domingo Argüelles, por texto

© Irma Bastida Herrera, por ilustraciones

ISBN: 978-607-495-603-0

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal CE: 205/01/23/18

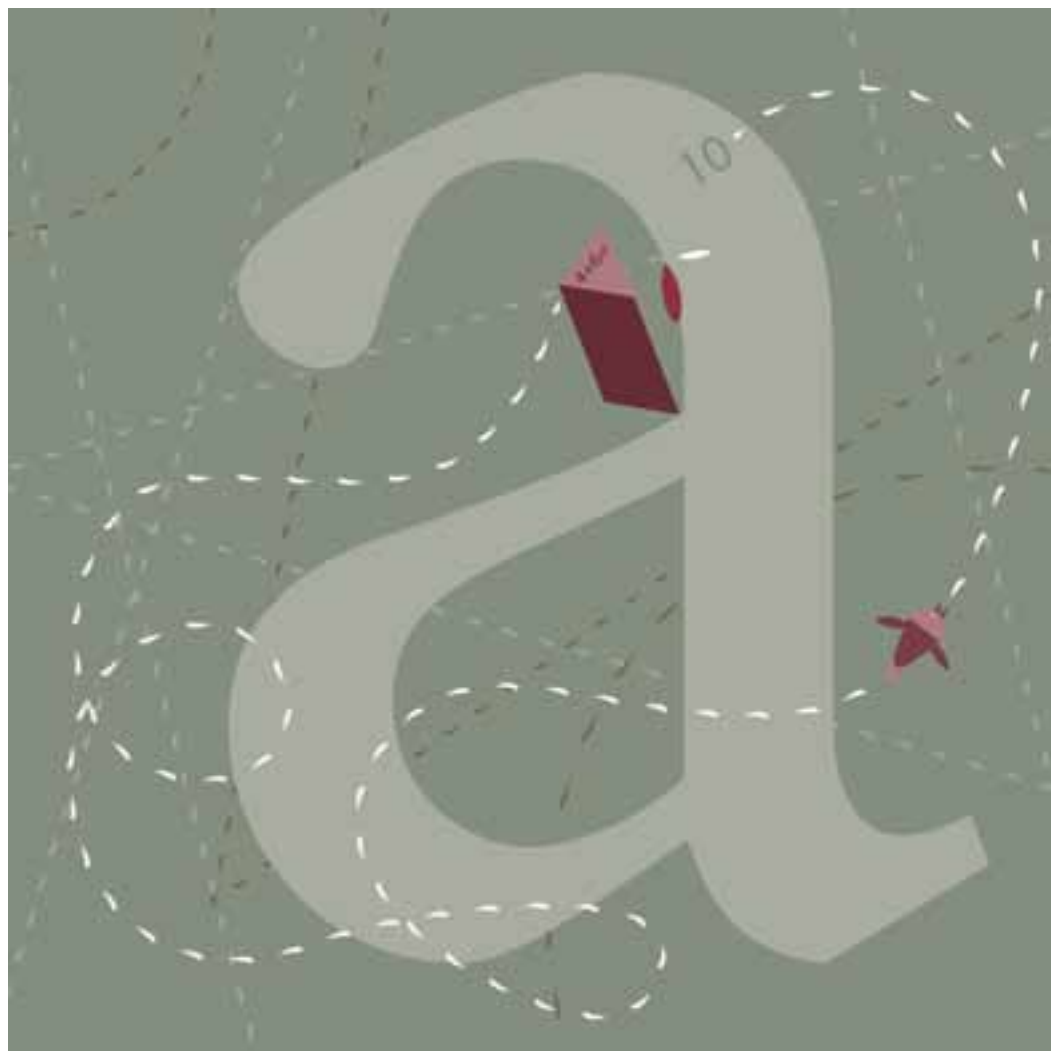
Impreso en México / *Printed in Mexico*

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.

Una vez más, para Rosy, Claudina y Juan

También para Ofelia, lectora que es y será

*Y para todos aquellos que disfrutan la lectura
y rechazan el modo imperativo del verbo leer*



En todo aquello susceptible de recibir el nombre de lectura, el proceso tiene que ser absorbente y voluptuoso; tenemos que deleitarnos con el libro, embelesarnos y olvidarnos de nosotros mismos, y acabar la lectura con la cabeza rebosante del más abigarrado y caleidoscópico baile de imágenes, incapaces de dormir o de tener un pensamiento continuado.

ROBERT LOUIS STEVENSON



Prólogo

Este librito nació feliz y felizmente. Tal como fue concebido. En él se conjuntaron palabra, imagen y arte de edición; tres cosas que, cuando dialogan y se entienden, consiguen también que los lectores participen en la conversación.

No otra cosa busca un libro, sino el diálogo: con el lector posible, con el probable interlocutor, con el lector desconocido que un día —por azar o descuido, por interés o pasión— entra en las páginas y no sólo lee un libro, sino que *se lee en él*, incluso si su lectura va por un camino distinto al del autor, pues con frecuencia lo mejor de un libro no es el libro mismo, sino lo que suscita ese libro, lo que genera en quien lo lee: las consecuencias que obran en el espíritu y en la

inteligencia de quien intuye que la lectura no comienza ni termina cuando se abre y se cierra un libro.

Este librito nació feliz y tiene una historia feliz. Recuerdo que, cuando conversé con el poeta Félix Suárez, mi amigo y editor, le dije que yo deseaba que *La lectura* tuviese ilustraciones, y le mandé mi original electrónico con algunas imágenes a manera de ideas gráficas. Él me respondió que el libro sería ilustrado por alguien que era excelente, y fue así como llegó mi texto a manos de Irma Bastida Herrera. Feliz azar, pero lo cierto es que los libros están hechos sobre todo de azares felices.

Cuando vi el resultado final (el libro ya impreso), me pareció de inmediato que su potencia se duplicaba o posiblemente se multiplicaba, porque la ilustradora (mi dialogante) entendió perfectamente el propósito de la alabanza del placer de leer y lo puso en sus propias imágenes, con sus propias ideas, en conversación con mi texto. Sus imágenes no complementan

ni únicamente ilustran el texto, sino que dialogan con él y con los lectores, y en este sentido lo enriquecen.

La ilustración de libros es un ejercicio de creación y no sólo de recreación. Un ilustrador es un creador que, a la par que el escritor, pone en imágenes gráficas lo que el autor del texto pone en palabras. Cuando el escritor y el ilustrador coinciden se produce una empatía estética y comunicativa que potencia al libro. Muchas veces (lo digo porque me consta), leemos un libro debido a que su portada y su diseño nos invitan a ello. En mi niñez, lo primero que me atrajo de los libros fue su arte de ilustración.

El primer libro que leí completo —en mi infancia—, sin que nadie me obligara a ello, fue *Corazón, diario de un niño*, de Edmundo de Amicis. Y comencé a leerlo porque sus ilustraciones me invitaron a ello. Hoy, cada vez que recuerdo el libro de De Amicis, recuerdo también, con mucho placer, aquellas ilustraciones que me animaron a leerlo.

La otra parte, no menos importante, es el arte editorial; ese arte que, en este caso, pusieron Félix Suárez y su equipo para hacer de *La lectura* una invitación verdaderamente cordial, y empática, al placer de leer. Un libro mal concebido, mal diseñado, mal editado y mal cuidado (todo ello sin amor a lo que se hace) es un libro que está destinado a no tener lectores. Aquí, en estas páginas, el arte de edición contribuye sin duda a la promoción y el fomento de la lectura, más que cualquier discurso voluntarista. En este sentido, el trabajo solitario del escritor cobra posibilidad de diálogo con los lectores gracias al arte de la edición y al arte de la imagen. Bien acompañadas, las palabras tienen mayores esperanzas de florecer en ideas y en emociones.

Con los antecedentes ya mencionados, agrego que



este librito nació feliz, pero también con suerte. Irma Bastida Herrera mereció, en 2013, con las ilustraciones hechas para *La lectura*, uno de los máximos premios de la 24 Bienal de Ilustración de Bratislava (el concurso más antiguo e importante de ilustración en el mundo): la *Golden Apple*, en la categoría de *Álbum Ilustrado para Niños y Jóvenes*. El jurado de la 24 Biennial of Illustrations Bratislava dictaminó que las imágenes que Irma elaboró para acompañar mi texto “son de formato pequeño, pero grandes en concepto; creadas con una mínima variedad de colores y líneas, y en las que destacan sus buenas ideas, metáforas y gran sentido del humor, el cual es muy importante para atraer a los jóvenes lectores”.

Es la segunda vez que un ilustrador mexicano merece esta distinción tan importante. Antes, en 1985, este premio de la Bienal de Bratislava le fue otorgado a Carlos Pellicer López, otro muy querido y admirado amigo, por su libro *Julieta y su caja de colores*, publicado en 1984 por el Fondo de Cultura Económica.

La lectura: Elogio del libro y alabanza del placer de leer se publicó en noviembre de 2012. Los lectores hicieron que caminara hacia su segunda edición, en 2014, y ahora a su tercer encuentro con nuevos lectores. En esta tercera edición no quito ni agrego nada después del prólogo, un prólogo que, por lo demás, no quiere distraer demasiado a quien tiene el libro en sus manos, sino por el contrario animarlo a que continúe leyendo y *leyéndose*.

Ciudad de México, 26 de marzo de 2017.

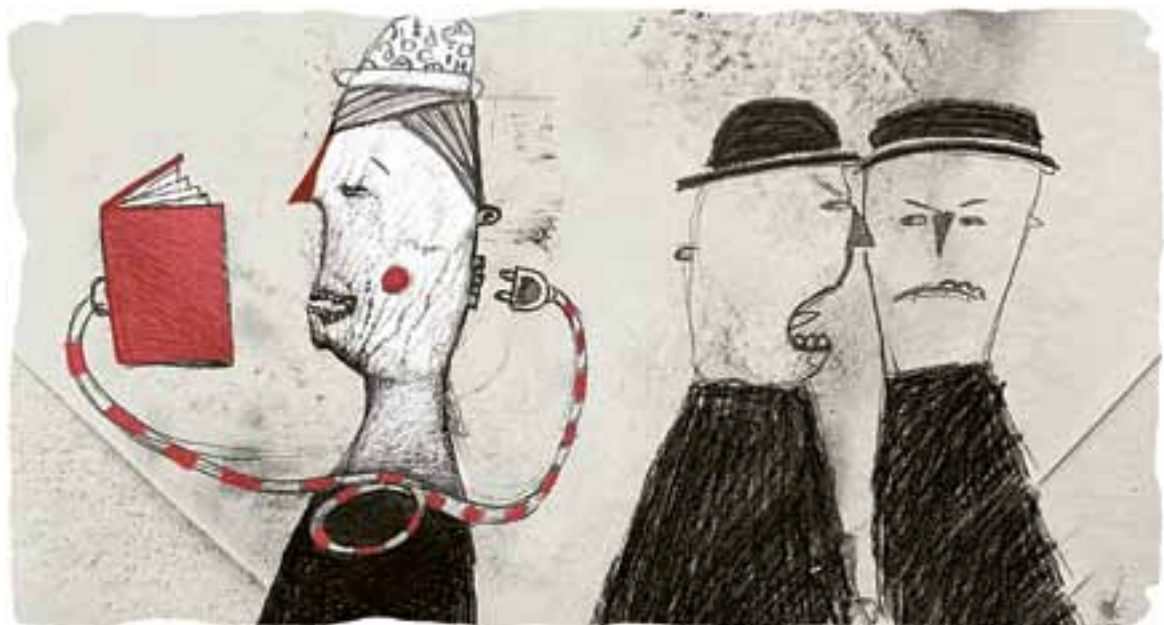




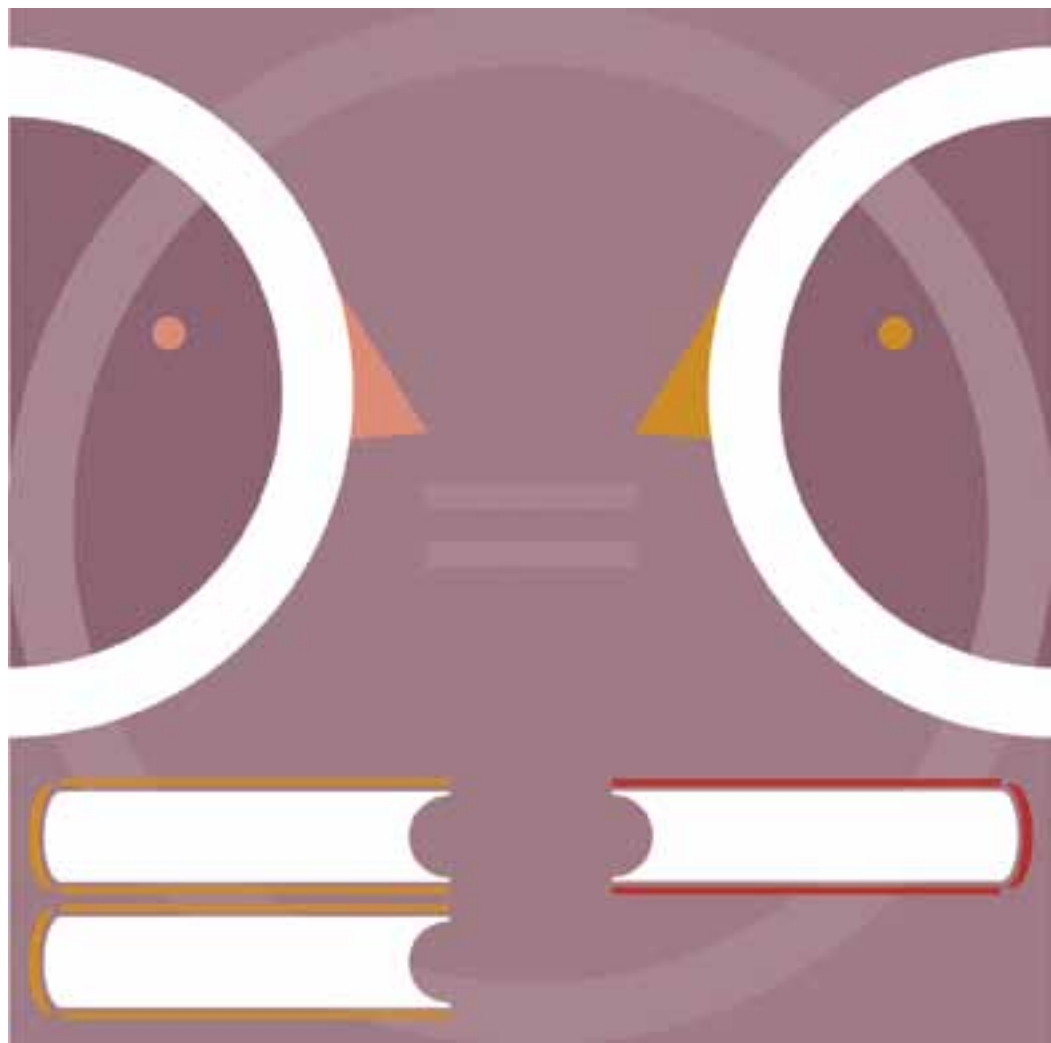
La lectura, como un simple tema coyuntural (cada 23 de abril en el mundo y cada 12 de noviembre en México), tiene mucho de discutible y de fingido. Me recuerda las celebraciones que se hacen a la mujer y a la madre, a quienes se les homenajea el 8 de marzo y el 10 de mayo, respectivamente, a cambio de ser olvidadas, relegadas, ignoradas o, lo que es peor, maltratadas y vejadas, en los demás días del año. Si la mujer, la madre y la lectura son de veras tan importantes, como decimos, tendríamos que celebrarlas todos los días.



La lectura tiene que dejar de ser un tema de oportunidad y de discurso oportunista para convertirse en una realidad cotidiana. Tiene que dejar de ser simplemente *un tema* para convertirse en un asunto de todos los días. Cuando ya no necesitemos insistir tanto en la gran importancia y en los enormes beneficios de la lectura, sabremos entonces que leer es de veras importante y que nos ha beneficiado.



La lectura nos puede entregar felicidad, alegría, conocimiento, desarrollo de la inteligencia, agudeza en la sensibilidad y la emoción, pero si tanto insistimos en todas estas bondades es porque nos consideramos beneficiados con ellas, a diferencia de muchas personas a las que vemos, sinceramente, al margen de estos bienes. Y esta autosatisfacción es comprensible, pero puede resultar contraproducente y hasta peligrosa cuando cobra el aspecto de la vanidad y la arrogancia y nos hace sentir no sólo diferentes sino superiores a las personas que no han tenido la oportunidad de convertirse en lectoras. La lectura no es un asunto de supremacías morales, es una práctica de felicidad.



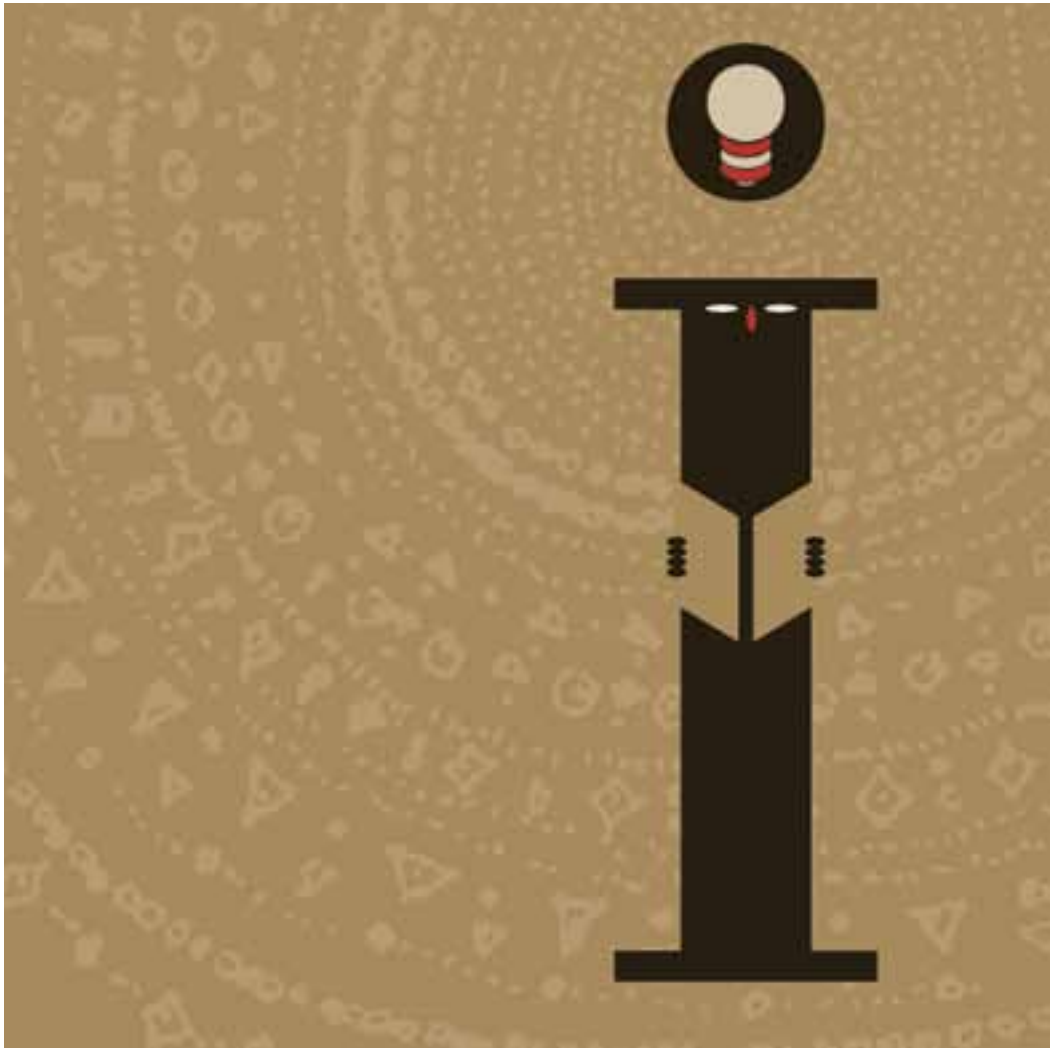
La lectura no debería ser un signo de distinción social, sino un sentimiento de satisfacción individual, una sensación de alegría, de gozo, pero no un certificado de honorabilidad y nobleza. Las personas no son mejores porque hayan leído más libros que otras, sino por la capacidad que tienen para comprenderse a sí mismas y comprender a los demás. La inteligencia no es otra cosa que saber utilizar las capacidades para sobrevivir satisfactoriamente pero sin pasar por encima de los demás. Si los libros no nos enseñan a tener más tolerancia y más solidaridad con nuestros semejantes (sean lectores o no), es legítimo sospechar que leer todos los días, así sean los más grandes libros, ha sido tan sólo tiempo perdido.



La lectura es mi oficio y mi pasión desde hace ya muchos años, y alguien que es lector de oficio a veces tiende a confundir las cosas y llega a pensar incluso que todo el mundo debería ser lector de oficio. Pero no pasemos por alto que la gente tiene diversas búsquedas en su vida y una multiplicidad de intereses vitales que la apartan de la lectura de oficio y la acercan a otras actividades tanto o más placenteras que únicamente leer libros. Hay que comprender esto, y ayudar a que la gente lea por placer y no por obligación los libros que realmente le interesen y lo atrapen, pues todo placer que se convierte en un deber altera su esencia y niega su capacidad de hacernos bien.



La lectura de libros no debería ser jamás una obligación, y menos aún un deber estéril que es aquel al que somos sometidos sin encontrar ni saborear jamás el fruto prometido. Tendríamos que conseguir que sea una pasión creativa y recreativa, que despierte nuestras capacidades dormidas y no que nos adormezca en el tedio y en la insatisfacción de estar haciendo algo que no queremos y que nos fue impuesto por el único motivo de que leer es bueno y políticamente correcto.



La lectura es una extensión de nuestro pensamiento. Por ello, leer no se termina, como una finalidad en sí misma, en el hecho de leer. No leemos simplemente para leer y seguir leyendo un libro tras otro sólo para poder decir que leemos muchos libros y que somos campeones de lectura. Por cierto, en el caso de su complemento, la escritura, no escribimos con el único propósito de escribir y seguir escribiendo. Tal cosa sería, también, necedad patológica. Lectura y escritura forman parte de nuestro ser comunicante, incluso si muchas veces tan sólo lo comunicamos a ese yo íntimo con el que conversamos a solas para tratar de entenderlo y de entendernos.



La lectura es mucho más que una herramienta, pero sin duda es también una herramienta. El buen uso que le demos es lo que puede lograr la consecución de lo que decimos perseguir en nuestro proselitismo cultural que se ha propuesto incorporar a más personas a la lectura. Los lectores que a la vez somos promotores o fomentadores del libro deseamos que cada vez sean más las personas que participen en este placer, y sabemos que si consiguen hacerlo como una actividad cotidiana y gozosa, este ejercicio contribuirá sin duda a la construcción de su autonomía y de su conciencia ciudadana. Pero si nuestro voluntarismo únicamente tiene como fuerza el afán de cumplir estadísticas, es casi seguro que no conseguiremos más lectores aunque nuestro objetivo sea ése. No existe nada parecido a

una fábrica de lectores. Ojalá pudieran darse cuenta de esto todos los proselitistas del libro. A pesar de lo que creen algunos, ni siquiera existen recetas infalibles para lograr lectores. Deberíamos saberlo y reconocerlo todos. Cada quien hace lo que cree y lo que puede en los ámbitos de sus capacidades y sus talentos y cada quien, si de verdad quiere compartir la lectura con sus semejantes, busca las formas más imaginativas, creativas y cordiales para mostrarles que leer es una fiesta. Por lo demás, quienes leen lo saben: los lectores se hacen lenta y pacientemente, con esmero y con la conciencia de participar en una afición gozosa y constructiva (para ellos mismos) que los lleva a entregarse, felizmente, en los amorosos brazos de la lectura.

Z E Y E C J B C 7
H I 9 A 0 E B A 0 2
O R L T 2 B 3
U S E B V E P X B
M H S R
U S R
O N





La lectura siempre es *algo más*. Hay siempre *algo más* en la lectura. Un *algo más* que es inasible, incalculable, incuantificable, que escapa a toda estadística. La lectura, a pesar de ser una herramienta y de resolver cosas prácticas de todos los días, también es un instrumento sin un *para qué* inmediato. Leemos un libro, un poema, una página, un párrafo, una línea, y su efecto inspirador, educador, sensibilizador, etcétera, tal vez cobre su fuerza más intensa tiempo después; tal vez al día siguiente o al cabo de una semana; quizá luego de unos meses o de algunos años. Los beneficios de la lectura no son necesariamente inmediatos, sino que pueden aparecer cuando creíamos que los habíamos olvidado. Nos traen entonces el recuerdo de un instante, de una emoción sublime, la resurrección de una experiencia, y

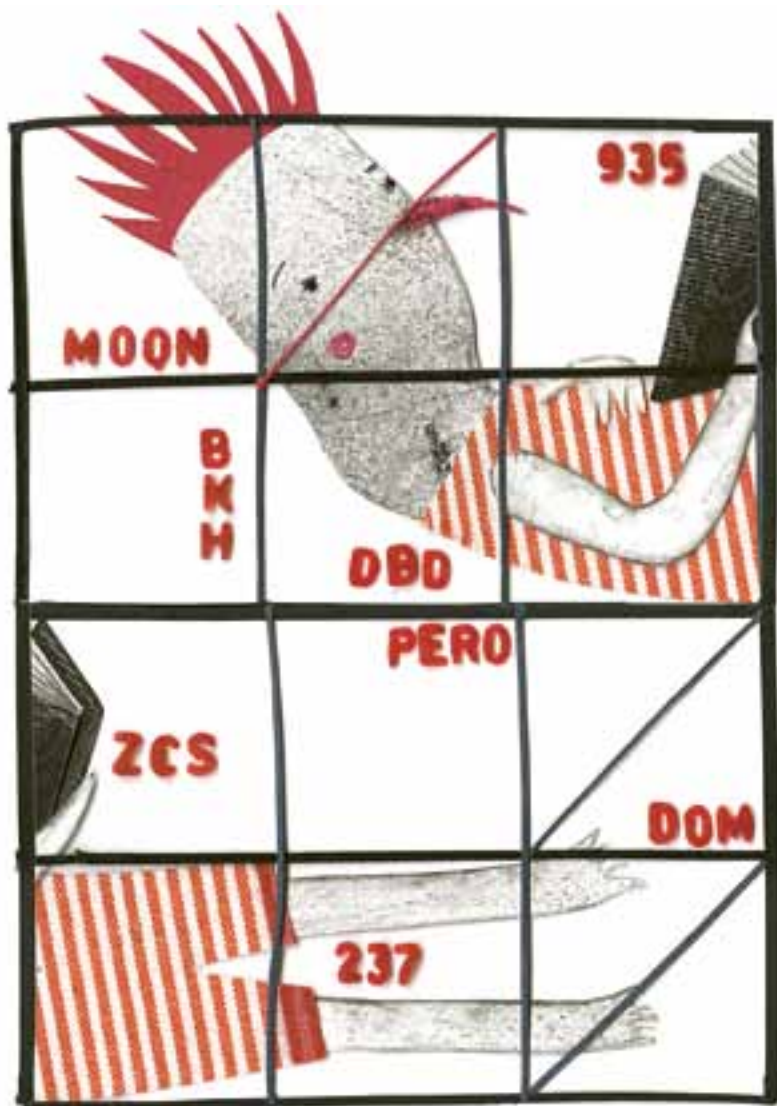
es cuando la lectura cobra su sentido más profundo. Las semillas del libro, entonces, no cayeron en tierra vana, sino que requerían tiempo para germinar con una chispa, como esas semillas de dura y rugosa cubierta que sólo están preparadas para germinar después de que el incendio ha arrasado el bosque. Un día, cuando más necesitamos las palabras escritas que leímos hace tanto tiempo llegan a nuestra memoria, o más bien reviven, y nos dan la verdad que necesitamos. Quien piense que la lectura sólo es para el momento y para probar que se ha leído, únicamente ve lo epidérmico de los libros. Cuando uno lee pone todos sus sentidos en las páginas, pero también toda la experiencia acumulada de lector. No lee únicamente el libro que tiene en esos momentos en las manos y ante sus ojos, sino que relee también las pretéritas páginas de otros libros y, entre ellos, por supuesto, las del libro de la vida.





RESHMAMBSSCNOMK

La lectura es un vaivén del pensamiento y de la emoción, una cadencia, un ritmo, una gracia donde se juntan lo que se piensa y lo que se siente. Diría incluso que hay libros que se sienten a partir de la inteligencia y otros que se piensan a partir del sentimiento. No hay leyes ni reglas para esto, pero si un libro es perdurable dentro de nosotros, por algo lo es. Suele ocurrir que olvidamos una buena parte de una obra, pero lo que sobrevive nos mantiene a flote para saber que lo leído se integró a nuestra vida de tal forma que ya es parte de lo que somos.



La lectura tendría que ser algo de lo más cotidiano para todo el mundo. No decimos que todo el mundo se vuelva lector profesional, que es una ambición necia, pues pensar que la única profesión posible es la lectura es cosa de locos. Más bien, que la lectura sea pan nuestro de cada día como lo es, por ejemplo, la música (culto o popular), pues parece ser cierto que no hay día sin música sea cual fuere su género. Dondequiera que estemos la música nos sigue (a veces con nuestro propio tarareo) y es parte irrenunciable de nuestra existencia diaria. Así podría ser la lectura si conseguimos que la gente descubra sus prodigios, si logramos que aprecie sus maravillas y veamos que andar con un material de lectura por la calle, en el transporte, en los tiempos muertos, en los lugares de espera, sea un acto

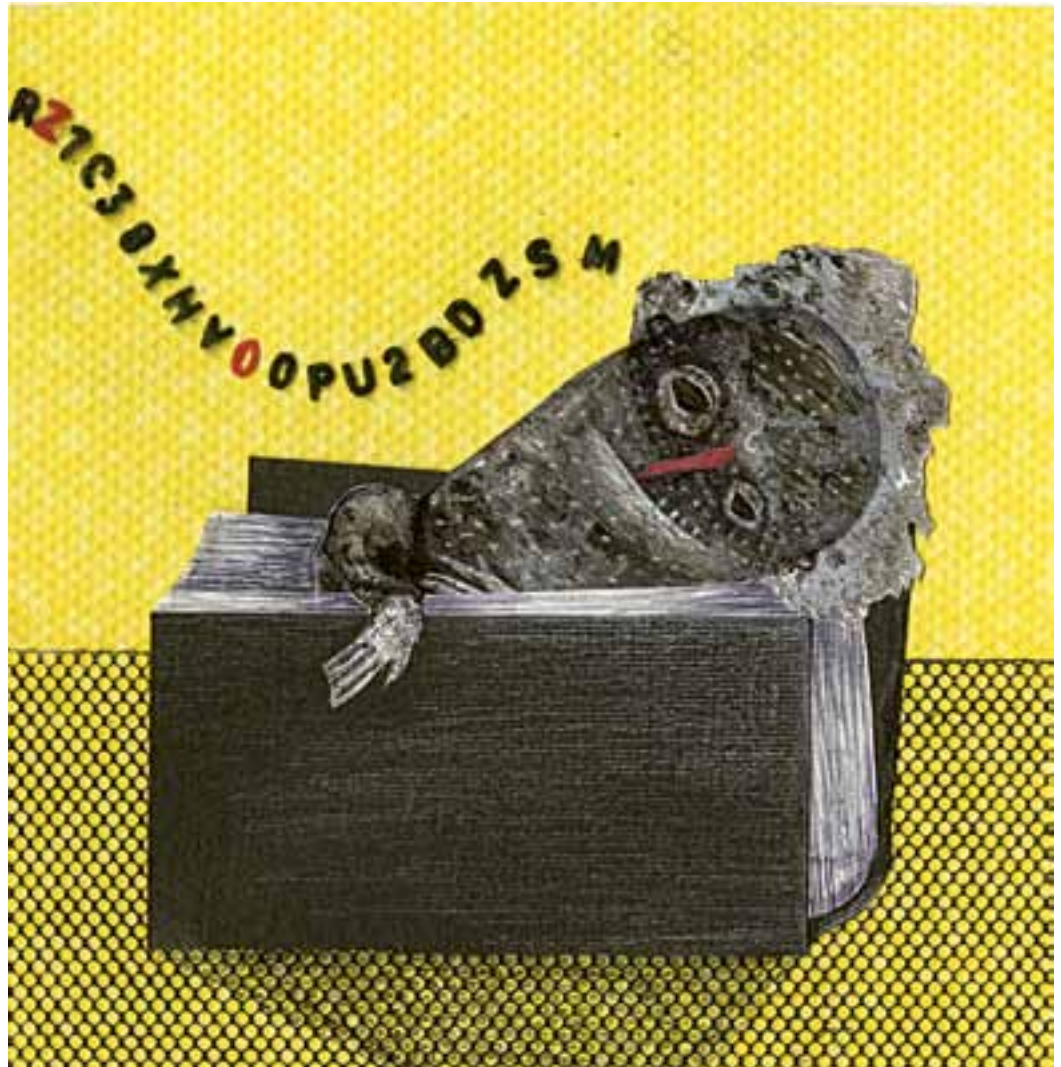
normal, común, corriente, y no un suceso asombroso que nos lleve a mirar como a bichos raros a aquellas personas que desenfundan un libro en la antesala del consultorio del dentista sin alterarse un ápice por el ruido chirriante de la fresa que se escucha al otro lado de la puerta.



Y B E B K 7
A D 2 H O
T N Z O
E B S
M D U
O S E
B F O K
2

U H Z 2 Y S
F V 3 X
S T V U
7 3 F B
U D C
O R 6 A
O P H Z B
3





R Z 1 C J 0 X H V 0 O P U 2 B D Z S M

La lectura, y cada vez me convenzo más de esto, no es necesariamente un hábito. Puede serlo, pero sobre todo lo es para los lectores profesionales o para quienes han convertido el libro en un vicio. Para los demás puede ser un *hobby*, una afición, un feliz gusto que no admite horarios ni disciplinas ni imposiciones, mucho menos autoimposiciones. Se lee cuando uno lo desea y se suspende la lectura cuando así se nos antoja. Hacer de la lectura una obligación es comenzar a conspirar contra ella que es, esencialmente, placer. ¡Qué maravilla, en cambio, cuando abrimos los ojos y nos está esperando el libro que suspendimos la noche anterior, y nos morimos de ganas por saber cómo continúa y hacia dónde va a dar! ¡Qué alegría cuando nadie nos fuerza a leer lo que no queremos y cuando el an-

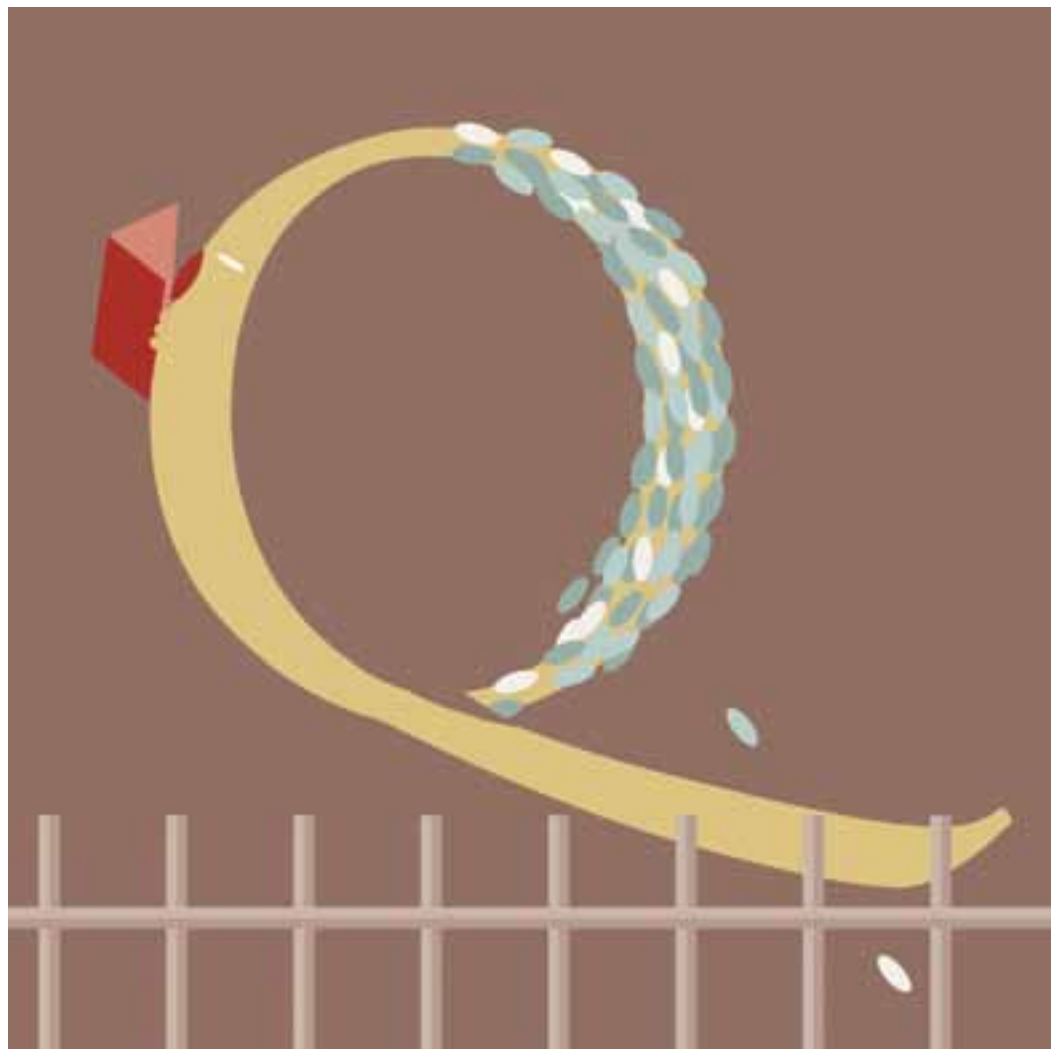
tojo nos lleva hacia una lectura placentera con una fuerza más poderosa que el deber! Dejemos el deber para los profesionales que tienen que entregar un trabajo y por fuerza han de terminar un libro incluso si no les gusta o si les fastidia o si les harta. No tienen de otra: es su trabajo, es su rutina y, como es precisamente su rutina, tienen que girar y girar para darle vuelta a la rueda, una y otra vez, una y otra vez, como los brutos o los bueyes uncidos a la carreta y las más de las veces con los ojos tapados. Quienes leen por placer tendrán, qué duda cabe, otras obligaciones muy distintas que nada tienen que ver con la lectura. Por ello los libros los libran de esos quehaceres poco gratos pero necesarios para su subsistencia. No hay que confundir las cosas: los libros serían en este caso la mejor manera de escapar de la rutina insatisfactoria, del mismo modo que muchos lectores profesionales nos libramos momentáneamente de nuestra carga bibliográfica caminando sin rumbo y mirando el paisaje, dialogando o escuchando música, pero no hablando necesariamente del peso de los libros que hemos tenido que llevar sobre la es-

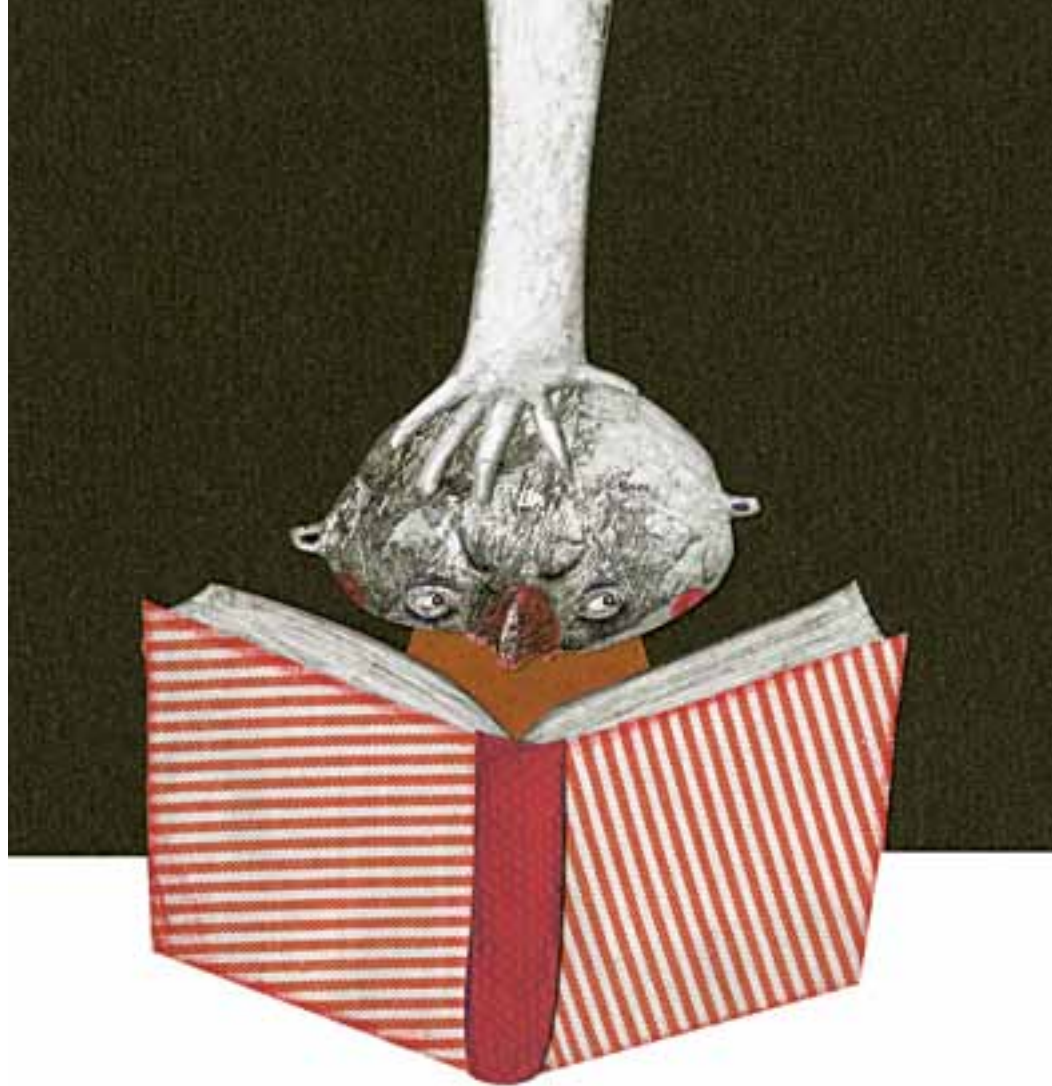
palda todo el día para ganarnos el sustento en la escritura, la edición, la academia, el aula, la redacción, la oficina, etcétera. Incluso Borges, de vez en cuando, dormía.



La lectura tiene que ser siempre un premio y jamás un castigo. El premio que nos damos cuando ya hemos hecho los deberes que por algo se llaman así (el deber nos obliga a hacerlos o tener que hacerlos sin otra alternativa). La lectura es un placer, no es un deber: el placer que nos permitimos, sin tener que entregarle cuentas a nadie, sin estar obligados a contestar interrogatorios molestos o impertinentes. Cuando castigamos a un niño y su castigo es ponerlo a leer lo que estamos haciendo es mostrarle el lado más terrible de la lectura: ¡Qué tan mala es la lectura que puede servir para atormentarnos! En cambio, cuando compartimos lo que leemos, dotamos de fuerza apasionada un gozo y transmitimos esa pasión y algo queda en el alma, en el espíritu, en la inteligencia de quien nos acompaña en la lectura. No castigar jamás

a nadie con la lectura debería ser el único imperativo en relación con los libros, aunque vengan y nos digan algunos que a ellos los obligaban a leer y por ello son hoy lectores y que, incluso, los golpeaban si no leían: en realidad, se equivocan, pues se hicieron lectores *a pesar* de la obligación; pero cuántos que pudieron ser lectores no se habrán perdido en el camino de la obligación a causa de no tener la misma fuerza de voluntad de los que sí se hicieron lectores. No nos engañemos y no engañemos a los demás: ningún placer se aprende por la fuerza, y si nos fuerzan o nos obligan a dar placer, lo que nos queda realmente, lo que aprendemos en verdad es el rencor, la frustración y el odio. Muchos de los que hoy odian los libros, le deben ese odio a quienes los obligaron a leer aquellos libros que no deseaban leer.





La lectura, conforme vamos adentrándonos en ella, nos va entregando más y más satisfacciones, pero sólo si la hacemos libremente. ¿Y cómo puede ser libre?, se preguntan suspicaces, irónicos y muchas veces molestos y mordaces algunos profesores, algunos promotores o muchos padres de familia. ¿Cómo puede hacerse en libertad? Yo les respondo: siendo más creativos y menos severos. Si lo único que tenemos como argumento, para que los demás lean, es la obligación, nuestro argumento es muy flaco y nuestra creatividad ninguna. He escuchado a tantos apóstoles de la obligación, a tantos convictos del deber que llego a preguntarme si alguna vez han experimentado el placer cuando hacen el amor. Es que la lectura parece un asunto tan grave que tiene que investirse de disciplinas militares

y de tormentos medievales. Pero si admitimos que leer es un placer, ¿cómo, entonces, conciliamos lo placentero con la obligación?, ¿cómo justificar y explicar que, siendo un placer, tengamos que obligar a realizarlo? Sería tanto como decirle a alguien a la hora de hacer el amor: te voy a obligar a que disfrutes este placer que estoy por darte, ¡y ay de ti si te resistes! Quienes hayan leído al Marqués de Sade saben de lo que estoy hablando, pero si creen que el Marqués de Sade enseñó el placer es que lo han leído muy mal. Sade no es un autor que enseñe placer alguno; lo que enseña, realmente, es el dolor. Desde luego, si la gente piensa, como en la antigüedad, que la letra con sangre entra, esta gente está más cerca de Sade que del auténtico placer, y nada hay peor que el mundo sea regido por la obligación y no por la libertad, aunque se haga en nombre del bien y la cultura.





NOZ NPOCH
ZR9U VBS

La lectura nos acerca no únicamente a los libros, sino sobre todo al ser de las cosas y de las personas, a la realidad y a la fantasía, al gravitar del mundo. Si leer libros sólo tuviera el único fin de leer libros sería grato tal vez, pero un tanto estéril. Por ello los que miden el beneficio de la lectura por el número de libros leídos cometen un gran error: creer que lo que vale es la cantidad y no la profundidad, la velocidad y no la sustancia. *Mucho y más veloz* no es necesariamente un binomio que resulte benéfico, a diferencia de la combinación entre lo selecto y lo moroso. En estos tiempos en los que incluso los afectos son triviales, compulsivos e instantáneos (como en Facebook), vale la pena hacer un homenaje a la lentitud. La lectura es, en gran medida, este homenaje, pues la formación intelectual y espiritual que

permite el libro está muy lejos de la prisa y de las grandes cantidades. ¿Cuántos libros habrá leído en toda su vida el gran Montaigne? No creo que hayan sido más de quinientos (es decir, menos de diez libros por año, a lo largo de medio siglo), y esto es exagerando bastante; sin embargo, el pensamiento de Montaigne cala hondo y su educación literaria y filosófica es profunda y lentamente placentera. A Montaigne, en ningún momento le importa la celeridad, mucho menos la cantidad. Sabe que una persona puede adquirir una sensibilidad estupenda y desarrollar una aguda inteligencia con unos cuantos libros bien leídos y gozados, si tiene la costumbre de pensar. Que no nos hagan creer que *más* es *mejor* y que *más rápido* es *lo óptimo*. Pasar corriendo sobre las cosas, sobre la gente, sobre el mundo, no es la mejor manera de comprenderlos. Detenernos un poco para entender y para gozar es, sin duda, más benéfico. Pensemos un poco en que cuando los libros no eran tantos, como en la época de Montaigne o de Platón o de Aristóteles, había espléndidos pensadores que no se atormentaban ni se angustiaban por

todo lo que no habían leído ni por todo lo que dejarían de leer al momento de su muerte, como hoy nos suele pasar a nosotros cuando estamos ante una atiborrada mesa de novedades de una gran librería. Hay cosas, y hay libros y hay personas, en los que ni siquiera vale la pena detenernos, y hay otras y otros en los que son necesarias nuestra paciencia y nuestra amorosa dilación.



La lectura siempre está para el que la necesita. Es falso del todo que la gente, en general, no tenga nada que leer. Hay tantos libros desperdigados por el mundo que aun en el quinto infierno podemos tropezarnos con uno que sea bueno. El problema no es que no haya que leer, sino que faltan las personas y los mecanismos cordiales para compartir la lectura. Hay quienes con buena voluntad, y con no mala intención, se proponen imponer la lectura a los demás como una disciplina intransigente. Y hay quienes eligen los peores mejores libros para tratar de iniciar en la lectura a las más tiernas criaturas, que sufren el horror de no entender nada y de no disfrutar en absoluto. Hay que tener un poco de seso y de apertura mental: no son necesariamente *los buenos libros* (es decir los clásicos, las obras maestras, los libros

inmortales) los más indicados para iniciar a los lectores, sino *las buenas lecturas*, y cuando decimos *buenas lecturas* nos referimos a las obras accesibles, quizá nada canónicas, un tanto cuanto triviales pero amenas, que pueden encender la llama de la pasión lectora a partir de una chispa que un libro sin pretensiones arrojó en nuestro entendimiento y en nuestra emoción. Incluso Walt Disney, como escribió Michèle Petit, ha hecho mucho por la lectura cuando, en el momento oportuno, abrió nuestros ojos a la imaginación y a la fantasía con publicaciones ilustradas y películas: *Alicia en el País de las Maravillas*, *Pinocho*, *Fantasía*, *Peter Pan*, *Cenicienta*, *El libro de la selva*, *Dumbo*, *Blancanieves*, etcétera. También las historietas y los clásicos ilustrados que siempre nos parecían poco clásicos y más cercanos al común de los mortales: *La isla del tesoro*, *Oliver Twist*, *Robinson Crusoe*, *Veinte mil leguas de viaje submarino*, *Las minas del rey Salomón*, *La cabaña del tío Tom*, *Sandokán*, *El último mohicano*, *De la Tierra a la Luna*, *Ivanhoe*, y muchos más. ¿Por qué la lectura tendría que ser aburrida en aras de la presunta profundidad? ¿Por

qué la lectura placentera y sencilla tendría que ser siempre superficial? Hay que saber distinguir lo que hay de fondo en estas dos preguntas necesarias.



La lectura, voy a repetirlo porque creo que es necesario insistir, tendría que empezar por lo básico y no por los clásicos. Esta idea simple (no simplista) de la iniciación en la lectura, no ha sido comprendida ni aceptada por mucha gente. No es indispensable ni recomendable empezar por *los buenos libros* (las obras maestras de la literatura clásica universal), sino por *las buenas lecturas*, es decir, por los libros oportunos y aptos para los lectores que apenas empiezan. Ya vendrán luego los clásicos, con toda su grandeza de idioma y de profundidad espiritual e intelectual, con toda su complejidad y su carga de simbolismos y enigmas, y también, a veces, claro que sí, con toda su natural pedantería de los autores que se saben sabios. Pero si atormentamos a las tiernas criaturas con obras incomprensibles y tediosas para

su edad y disposición, ¿por qué habría de sorprendernos que a la segunda página se duerman? Ya es tiempo de cuestionar los tópicos culturalistas de Vasconcelos y otros maravillosos hombres de letras y de pensamiento que, por una extraña razón, creyeron que llegaron al mundo mamando Shakespeare y Cervantes, y Platón y Plotino y Sófocles y Homero. Se olvidan que fueron, también, niños típicos, y los que no lo fueron —genios desde la infancia— no pertenecen al común de los mortales. No hay que despegar los pies de la realidad por mucho tiempo. Vivir en las nubes literarias o en la torre de marfil hace perder las perspectivas de las cosas y a veces nos vuelve asombrosamente tontos, en especial cuando nos sabemos inteligentes y nos creemos infalibles.





La lectura es el cuento de nunca acabar, porque no tenemos que jugar a las carreras con nadie para demostrarle, y demostrarnos, que leemos más que ninguno. ¿A quién demonios tendría que importarle, sino a una persona vanidosamente superficial, el mayor récord de libros leídos? ¿Y para qué sirve este récord sino para ir por el mundo presumiendo que se han leído más libros que el vecino, pero denotando que por más libros que se hayan leído esto no salva al dueño del récord de ser un papanatas que se enorgullece con tan extraño motivo de orgullo? Igual podría ser el récord de más salchichas engullidas o de más hamburguesas tragadas. Pero Dios sabe que todavía existen personas en el mundo que creen que *más* equivale a *mejor*. (El consumismo les ha afectado el cerebro.) O a *más alto*, y olvidan que grandes escritores,

artistas y personajes de la historia no alcanzaban el 1.60 de estatura. O a *más rápido*. Sí, hay quienes leen más rápidamente que otros, pero ello no quiere decir que disfruten el doble o el triple. ¿Acaso piensan que quien más disfruta sexualmente es quien consigue más y más rápidos orgasmos? ¿Más fuerte? ¿Quién puede ser más fuerte en lectura? Leer no es una competencia deportiva ni, por fortuna, una disciplina incluida en las justas olímpicas. Leer es una capacidad en la que es bueno ser hábil, pero en la que es mejor ser feliz, porque quien lee felizmente tendrá sin duda la habilidad para hacer buen uso de lo aprendido. Por eso leer es el cuento de nunca acabar.





La lectura nos proporciona información, conocimientos, saber, habilidades, destrezas, interiorización y expansión del pensamiento, pero en realidad no leemos para esto. Leemos porque nos place (cuando realmente nos place) y el resultado es todo lo anterior más otras cosas. Pero leer no nos garantiza la sabiduría (el saber no es sabiduría cuando *no sabemos qué hacer* —para mejorarnos— *con ese saber*) ni la felicidad (hay legiones de lectores infelices). Tampoco nos garantiza la mejoría humana en su sentido ético y moral. Sin embargo, como en todo proceso educativo y cultural verdadero, la práctica de leer tiende al beneficio humano. Leen libros y letra impresa los hombres y las mujeres, no los animales ni los árboles; luego entonces es una capacidad que distingue a los humanos y que los hace más humanos. Mucha de

nuestra humanidad se debe, precisamente, a la cultura escrita. Leer, como parte de la educación, la cultura y la evolución del pensamiento, tiene entre sus propósitos (declarados o no) una sociedad más inteligente y sensible formada con individuos más inteligentes y sensibles. Y, si son más inteligentes y sensibles, sociedad e individuos tendrán la capacidad de hacerse y cometer menos daño, de obrar en su beneficio y de no contribuir a la ruina de su especie y de su entorno. Éste es, finalmente, el objetivo de toda educación humanística: hacer más humano al ser humano, hacerlo menos fiera, más dueño de su destino, menos hoja al viento, más capaz de advertir de qué es capaz.

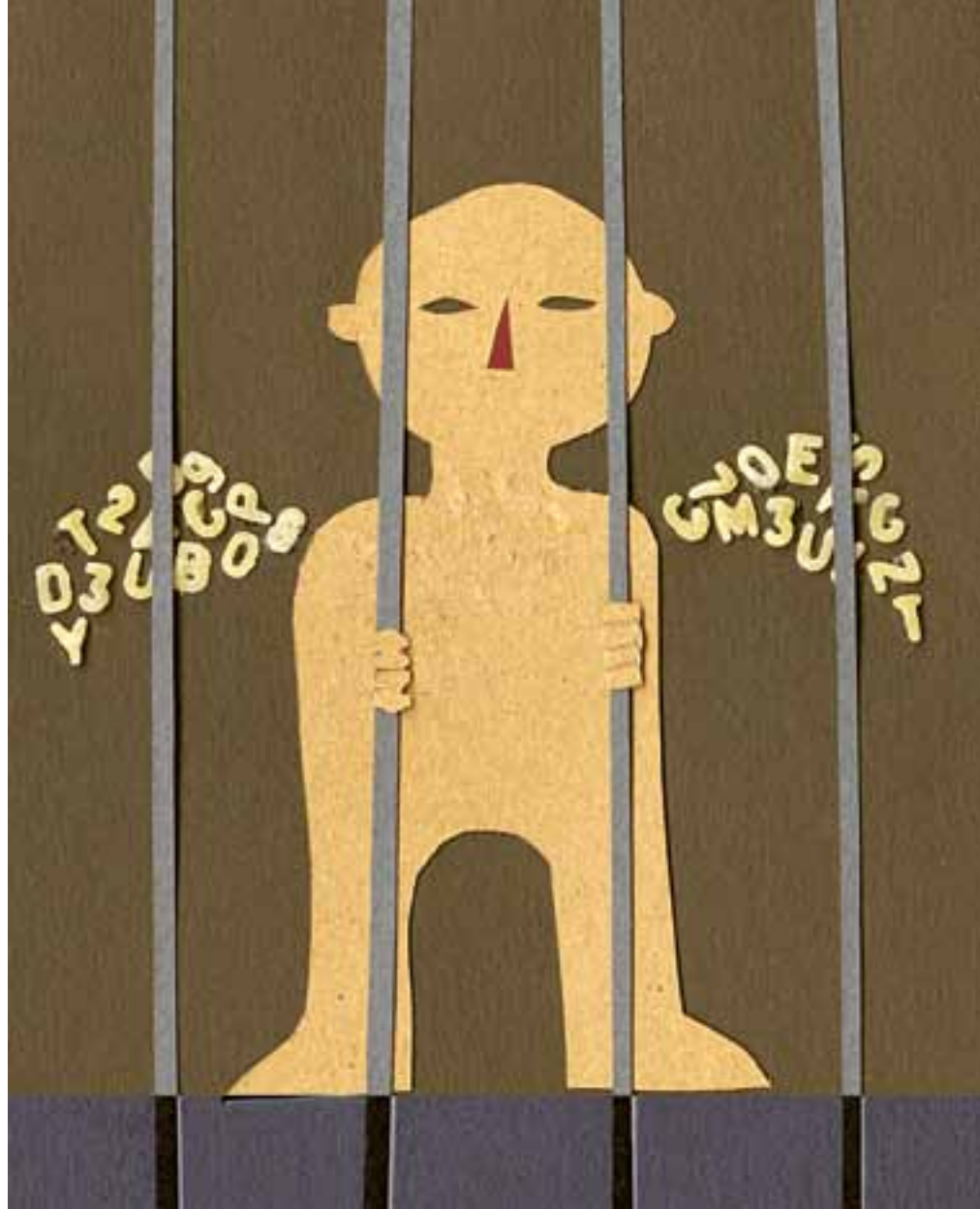




La lectura no nos salva de la barbarie ni de la ignominia, aunque, potencialmente, debería salvarnos, pues si no es así, ¿qué prueba podríamos dar de haber sido transformados por ella? Aunque leer, en general, nos transfigura favorablemente, sabemos de grandes lectores y de grandes literatos, intelectuales y científicos que han sido o son, también, unos grandes mentecatos, unos cabrones para decirlo pronto, a quienes ni los libros ni el intelecto ni la ciencia les sirvieron para transformarlos en personas menos dañinas. Buenos escritores fascistas, destacados intelectuales reaccionarios, grandes científicos al servicio de la industria militar. Pero tampoco concluimos que su maldad sea producto o resultado de los libros o de la ciencia. En realidad, no eran o no son personas tan inteligentes,

pues no supieron o no saben usar su inteligencia (lo cual es más penoso que ser simplemente tontos) y por más libros que hayan leído o que lean no pudieron curar su estupidez, porque los libros, por lo demás, enseñan no sólo lo que contienen sino también lo que interpreta nuestra mente: es decir, muchas veces nos enseñan lo que queremos realmente que digan, pues los leemos con nuestros ojos y con nuestra mente, con todos nuestros sentidos, pero también con todos nuestros prejuicios o nuestra falta de ellos. Hay que tratar de comprender que los libros no son objetos mágicos, que por arte de hechicería transformarán personas inmorales en morales o antiéticas en éticas. No hay que esperar tanto de los libros, pues la forma de leer también es decisiva. No es lo mismo, por supuesto que no es lo mismo, la forma en que leyó Churchill a la forma en que leyó Hitler. Y, de todos modos, hay que tener cuidado con las generalizaciones. De casos particulares no se deben sacar conclusiones generales válidas para todos. Leer es un lujo para unos mientras que para otros es una necesidad.



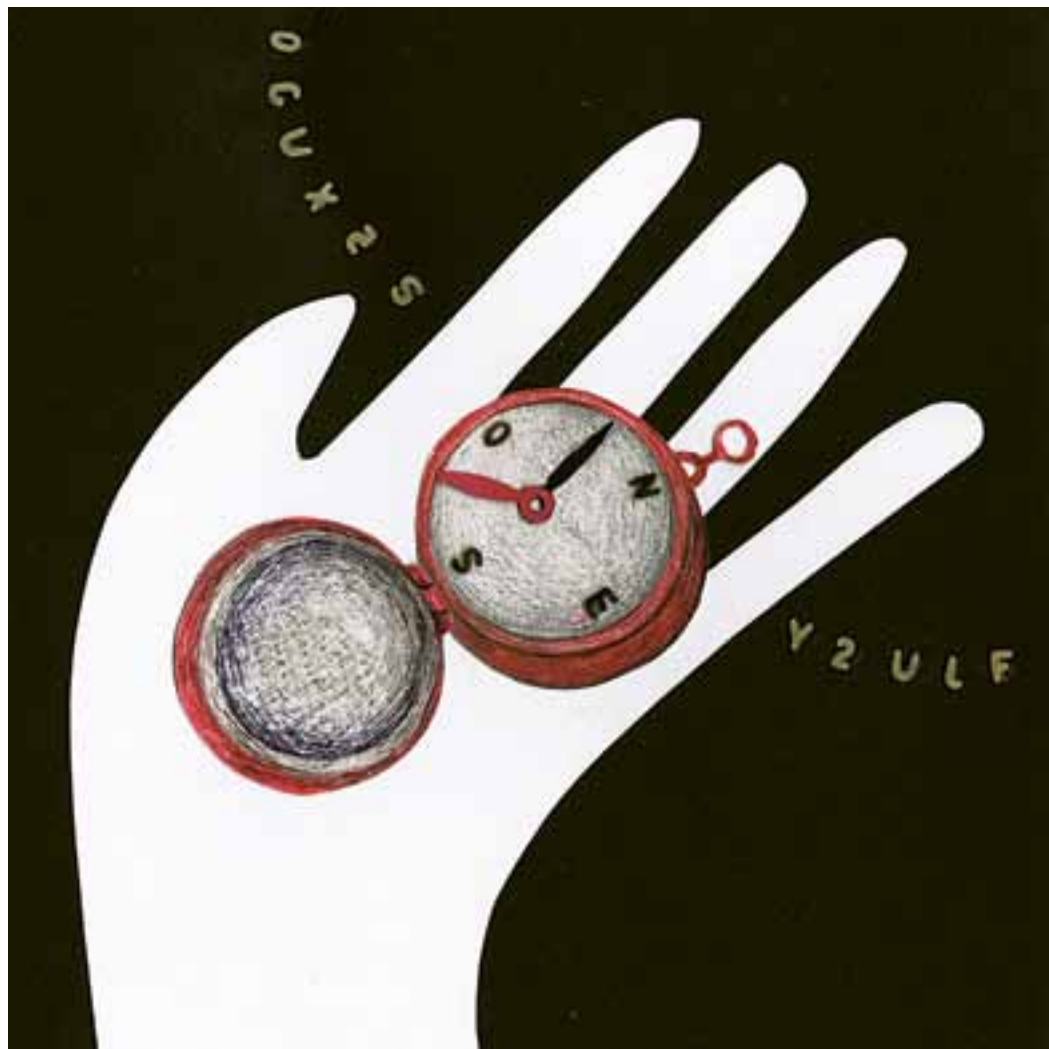


La lectura modifica nuestro pensamiento. A lo largo de la historia lo ha hecho incesantemente. Es obvio que somos unos sin lectura y que somos otros con ella. Con ella somos más conscientes de nuestra muerte y de la necesidad de dejar un testimonio que nos sobreviva, un testimonio de nuestro paso por la tierra. Esto es la lectura. Esto es la escritura. Sabemos que moriremos, pero algo nos dice que no moriremos del todo mientras alguien sea capaz de descifrar unos signos y regresarnos, por unos instantes al menos, al mundo de los vivos, es decir, al mundo de los lectores. La escritura es esto; la lectura es esto: señas de identidad para que otros las lean, las interpreten y vuelvan a nombrarnos. Los pueblos más primitivos, los ágrafos, sin escritura y sin lectura, no vivían ajenos del todo a la angustia

de la muerte, pero ignoraban la forma más eficaz de combatirla: nombrándola sobre la piedra, la arcilla, la piel o el papel. Si las palabras se las lleva el viento cuando hablamos, no es tan fácil que se las lleve cuando escribimos. Como en la celda del prisionero o en la isla del naufrago, nuestros signos dicen que aquí estuvimos y que confiamos en que alguien leería nuestros mensajes, y nuestra vida, así, no sería en vano.



A
B
C
D
E
F
G
H
I
J
K
L
M
N
O
P
Q
R
S
T
U
V
W
X
Y
Z



OGUX25

Y2ULF

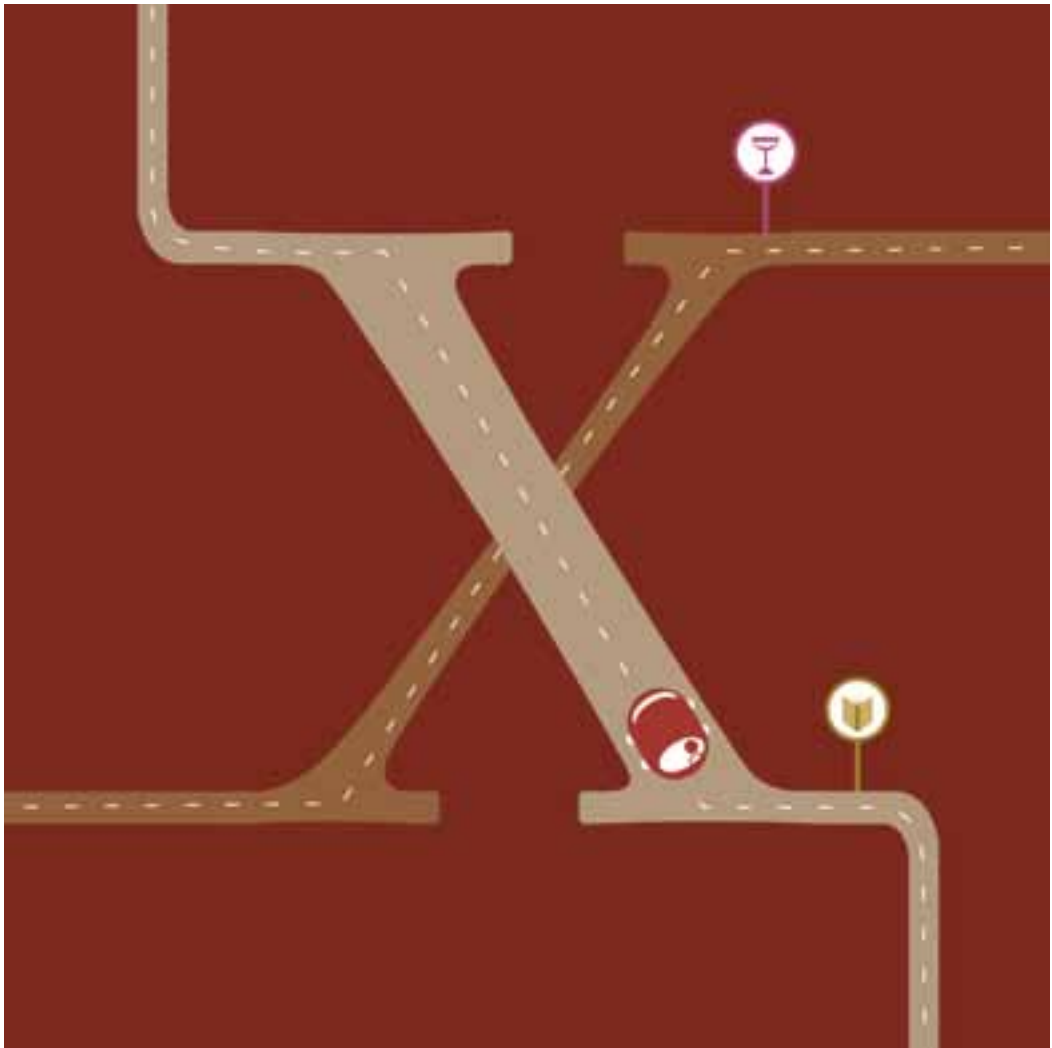
La lectura tiene, desde luego, algo más que un propósito consolador, pero sin duda también es un buen consuelo. Los libros nos acompañan, muchas veces, terapéuticamente, a lo largo de nuestra existencia. Nos dan calor si tenemos frío, nos prestan certezas ahí donde tenemos dudas y nos ayudan a formular las preguntas necesarias cuando lo único que tenemos son creencias o certidumbres. Nos ayudan a vivir con menos temores y con menos ignorancias. No resuelven toda nuestra vida, pero nos ayudan a resolverla. En realidad, no hay nada que nos evite el conflicto de vivir, ni siquiera los libros, pero éstos nos pueden dar algún norte y más de una alegría.



La lectura no es una pócima que tomamos para librarnos de una vez y para siempre de nuestros fantasmas y nuestras debilidades y terrores. Se equivocan quienes dicen y creen que un buen lector no puede ser, al mismo tiempo, una mala persona. A lo largo de la historia, no pocos tiranos y criminales han sido déspotas ilustrados. Y eran ilustrados porque leían. Por mi parte, conozco a muchas malas personas, a no pocos canallas, que son lectores conspicuos y conozco, también, a malas personas que no frecuentan los libros. No hay que generalizar ni hay que decir mentiras desde la comodidad de nuestro sentimiento autocomplaciente. Es obvio que necesitamos decir y creer que los lectores son, generalmente, personas buenas, nobles y virtuosas, pues de otro modo ¿qué diríamos de nosotros mismos?, ¿cuál sería nuestro

argumento para concluir que leer es bueno? Es claro que los lectores nos consideramos, en general, buenos seres humanos y, por tanto, colegimos que esto se lo debemos absolutamente a los libros, a la cultura, a la educación. Ojalá que los libros, el arte, la cultura, la ciencia y la educación nos vacunaran o nos blindaran contra el mal y contra toda flaqueza de espíritu —sería lo deseable—, pero no concluyamos tan apresuradamente que basta con ser lectores para que obtengamos, en automático, una credencial de seres virtuosos. La virtud, como el amor, se aprende y se practica y no está únicamente en los libros. Por eso personas analfabetas pueden ser excelentes seres humanos y por ello, también, algunos eruditos, gente de gran cultura, de muchos y excelentes libros —leídos y escritos— pueden ser una terrible calamidad, gente a quien no soporta ni su propia familia y que muy desdichada ha de ser efectivamente —de esto no hay duda— si ella misma tiene que soportarse todos los días. Ya se ha dicho muchas veces, pero cuando tengamos la tentación de generalizar sobre las consecuencias absolutamente virtuosas de la lectura y de la cultura

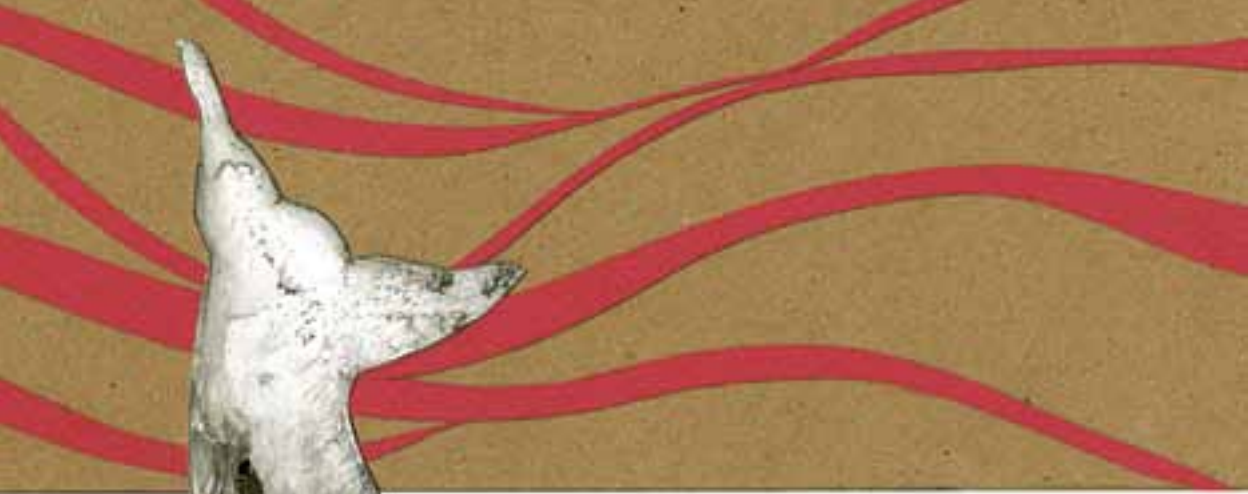
y el arte, recordemos a los nazis que conocían su Kant y su Goethe, su Rilke, su Bach y su Schubert, y que incluso los interpretaban con soltura y hasta con emoción, sin que ello les impidiera hacer daño y matar a otros seres humanos. Y ni siquiera encontraban contradicción en ello. Más bien, no le daban ninguna importancia.



La lectura nos prodiga un universo que puede llegar a ser absorbente y, por lo mismo, excluyente de otras muchas cosas, pero lo maravilloso de la lectura es que lo mismo permite esto —que es la mejor descripción del lector perdidamente apasionado, sea profesional o no— que la otra posibilidad del lector que combina la felicidad que dan los libros con la felicidad, no menos atrayente, que brindan otros placeres y otros oficios y otros gustos. En el primer caso situamos a Borges, en el segundo caso a Marco Polo, y en alguno de estos polos se ubican y reconocen los lectores. Según lo prefiero yo, el oficio de leer no tiene por qué cerrarnos las puertas a otros oficios igualmente gratos; quien quiera vivir para una sola pasión, está bien si así es feliz (y nadie tiene derecho a impedirselo o a ponerle obstáculos en

su decisión), pero quien desea la lectura como uno más entre otros ejercicios placenteros y apasionados, bien vale también: sabrá sacar provecho de su afición (más que de su hábito) y encontrará que los libros constituyen una vía, entre otras muchas, para maravillarnos. A Marco Polo le interesaban más los viajes, las aventuras y las excursiones a tierras ignotas que los libros, pero nos dejó un libro maravilloso en donde narra esas aventuras. Hay quienes dicen: “¿Qué lectores pueden ser esos que sólo leen un libro al mes?”. Para mí, que leo entre sesenta y setenta en un año, los lectores de doce libros anuales pueden ser excelentes lectores que a la vez son quizá excelentes cinéfilos, buenos bailarines, estupendos ajedrecistas y conversadores espléndidos, entre otras cosas más, como no lo soy yo. ¿Por qué ser, *nada más*, lectores de libros si podemos ser mucho más que eso? Hay otras muchas cosas en el mundo que son tan buenas como los libros, y en la medida en que renunciemos a ellas para sólo leer libros, nos las perdemos. Si esto es lo que queremos y no lo lamentamos, no hay nada que decir (cada quien es libre de sus gustos y

sus elecciones), pero si a los libros les añadimos otras fuentes de conocimiento y placer, o bien a las muchas fuentes de conocimiento y placer les agregamos los libros, tal vez hallemos un mayor y más feliz equilibrio en todo. Ello sin contar que un omnívoro, en la historia natural de las especies, tiene muchas más ventajas que un frugívoro o un granívoro.



La lectura nos mece, nos hamaca en un sueño del que, con frecuencia, no queremos despertar. Si no es sueño es ensueño, pero vigilia no es. Y hay que aprender a salir oportunamente de las páginas (como cuando aguantamos por mucho tiempo la respiración bajo el agua) para no ahogarnos. No hay que olvidar que afuera del libro está el mundo, que afuera de la ensoñación hay que abrir muy bien los ojos para preguntarnos, para cuestionarnos dónde estábamos. Mal asunto es confundir las ficciones con la realidad, aunque las ficciones sean capaces de enriquecer nuestras visiones de lo real. También la realidad enriquece nuestra imaginación y nuestra fantasía; si no fuera así no existirían los cuentos, las novelas, las fábulas, las epopeyas, los dramas, las comedias. Es bastante probable que Shakespeare

no supiera tanto de Hamlet como sabemos hoy nosotros, porque nos ha dado la oportunidad de preguntarnos por él por más de cuatro siglos. Ello sólo ha sido posible porque los lectores, en las pausas de la lectura o en la suspensión final del libro, regresamos al mundo real y nos preguntamos si Hamlet se hacía el loco o si realmente estaba loco, o cuánta de esa locura es la del lector y la del mundo que reviven a Hamlet, a Ofelia, a Horacio, a Claudio, a Laertes y a los demás personajes cada vez que leemos o releemos, por enésima ocasión, ese libro de Shakespeare enloquecido y febril, lleno de miseria y de profundidad humanas.

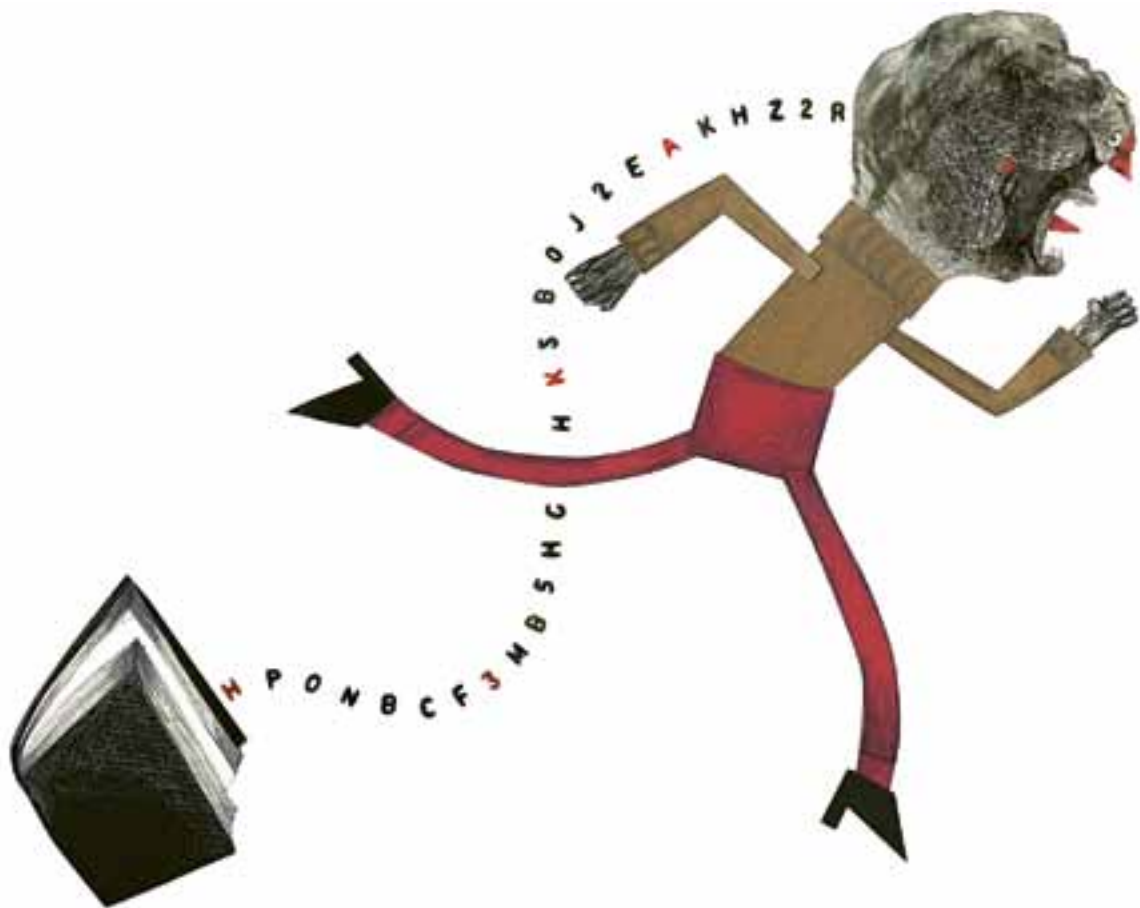




JNCTE0BRD

La lectura se ha vuelto *demasiado importante*, en el peor sentido, y hay que bajarla de su nube y ponerla, con nosotros, entre las cosas comunes. Basta de tanta altanería y tanto envanecimiento. Hay que mostrarle a los lectores que leer no es esa cosa tan grave con la que asustan los profesores a sus alumnos y con la que intimidan los eruditos a los legos. La lectura es algo que todos podemos hacer y que, de hecho, hacemos más de lo que imaginamos. Hay que dejar de segmentar a las personas entre lectoras y no lectoras, pues esto sólo conduce a creer o a hacer creer que únicamente son cultos los letrados, los sabios, los titulados, los gordos de importancia curricular, cuando en realidad el ejercicio de la lectura es un paso adelante en la alfabetización a la que todos tenemos derecho. Hay que

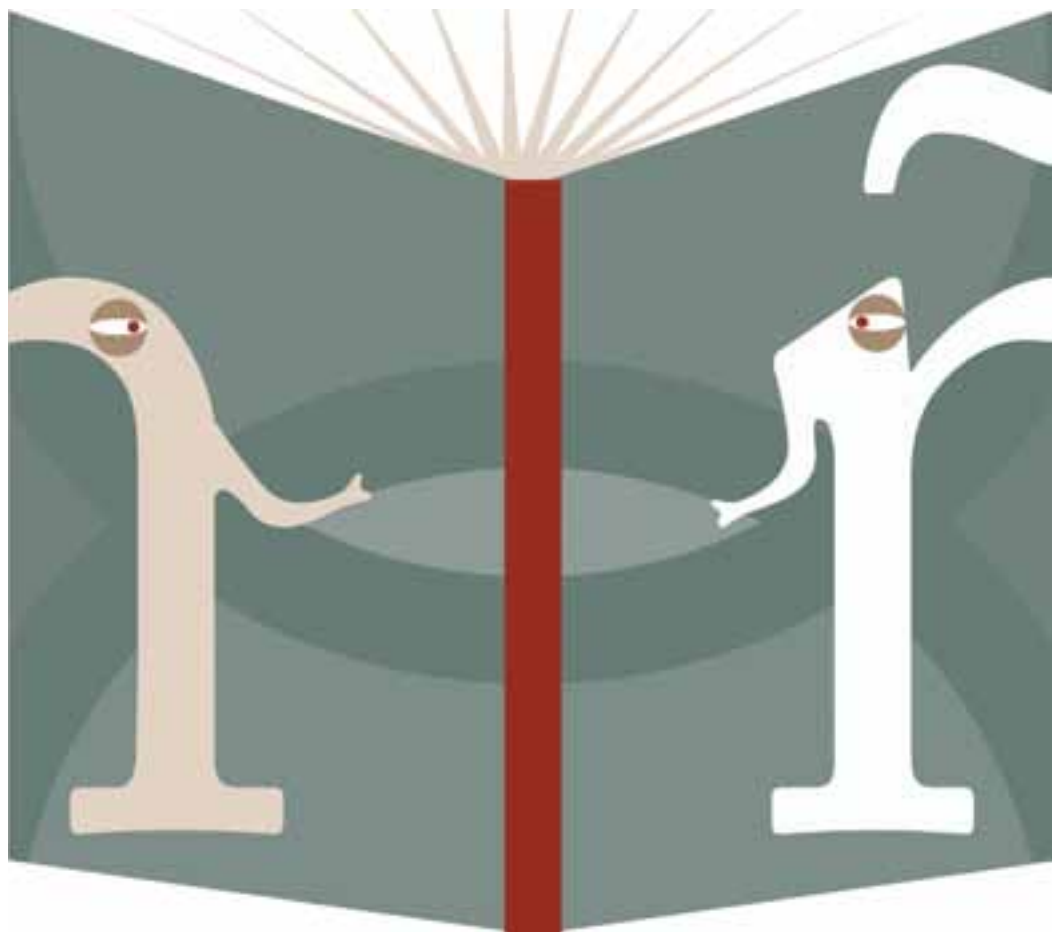
darle seguridad al lector que se inicia o al lector en potencia, y no decirle que leer es una cosa tan endiabladamente imponente y grave que sólo la pueden dominar con soltura los académicos posgraduados y los sabihondos que todo el tiempo están parlotando sobre lo que leen. Tal vez Hegel se dificulte un poco, y no sólo a los que leen poco, sino incluso a los filósofos y a los lectores filosóficos, pero tampoco es indispensable que todo el mundo sea versado en Hegel. Hay millones de libros y una gran cantidad de autores que sólo le hablan a un sector del mundo y esto no quiere decir que los demás sectores estén compuestos por tontos contumaces y brutos insensibles; lo que realmente quiere decir es que hay cosas tan específicas —como dominar el urdu, el copto o saltar con pértiga— que están bien para unos, pero que no pasa nada si no las disfrutan todos.





La lectura fija el pensamiento. No sólo el pensamiento del que escribe, sino también el pensamiento de quien lee. Escribir es cribar el pensamiento y dejar en la página lo esencial luego de desechar aquello que está de más; es emitir pero también omitir. Leer es, de alguna manera, participar en la escritura: quedarse con lo esencial y dejar pasar lo que sobra, lo que está de más para la individualidad de cada quien. Cabe decir que este ejercicio de creación y recreación es único e intransferible en cada lector: lo que es fundamental para uno, quizá no lo es para otro. Dos personas pueden leer el mismo libro y, sin embargo, llegar a diferentes conclusiones de lectura, en caso de que tenga que llegarse a alguna. Cada quien *se lee* en el libro que lee según sean su cultura, su disposición, sus ideas, su

temperamento, sus juicios y sus prejuicios. Cada quien hace la lectura vital que lo configura y lo retrata; también cada quien se refracta en ella y lo que queda, después de leer, es lo que somos ante el lienzo personal, íntimo, que trazamos con cada autorretrato lector. Por ello es una tontería, una necesidad, cuando no una idiotez, pedirles a todos los lectores que lleguen a las mismas conclusiones de lectura, especialmente cuando están frente a una novela, un cuento, un poema. Es aquí —en este tipo de lecturas imaginativas, fantásticas y subjetivas— donde encalla ese concepto mal explicado y mal entendido de la llamada “comprensión lectora”, un concepto que muchas personas son incapaces de comprender debido a que no saben que la lectura tiene distintas posibilidades de comprenderse. (Y no lo comprenden porque en realidad no saben leer ni les interesa la lectura. Lo que les interesa son las cifras, las estadísticas y, antes que nada, sus sueldos.)

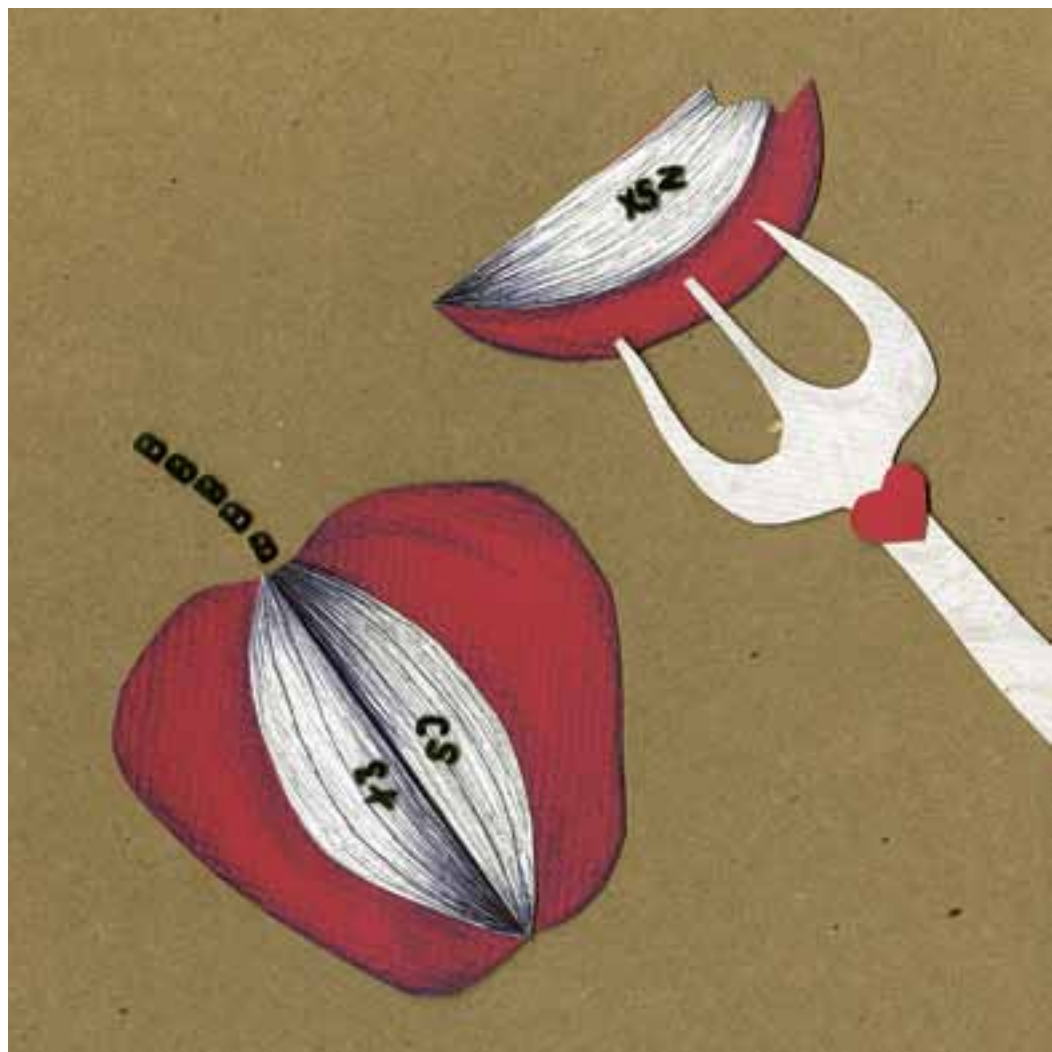




ZDMOANODS200CYDUEKYDJO

La lectura es importante, pero no leemos porque la lectura sea importante. Leemos porque, antes que nada, es placentera y es vital. Echar por delante la importancia de la lectura, difícilmente convencerá a alguien para que se convierta en lector. Hay muchas cosas que son “importantes”, según los convencionalismos sociales, y a pesar de ello no todas nos importan o, al menos, no consiguen que abandonemos cosas “menos importantes” para dedicarnos a ellas. Lo que sucede es muy claro: cada quien atribuye importancia a las cosas de acuerdo con sus necesidades vitales. Leer puede ser muy importante para unos y muy poco importante para otros. Por ello, el calificar la lectura de importante es sólo un ejercicio político y educativamente correcto (nadie dirá, por supuesto, que leer no es impor-

tante), pero éste no es el mecanismo más adecuado para recomendar la lectura. Que algo sea importante para nosotros no implica que lo sea, o lo tenga que ser, para los demás. En cambio, si apelamos al placer y sabemos compartirlo, es bastante probable que el disfrute se vuelva importante, tan importante que resulte fundamental y necesario para afrontar el día a día, la cotidianidad. Gracias a ciertos gozos, a ciertos disfrutes, vale la pena la existencia, a veces tan llena de contrariedades y sufrimientos. Es obvio que el trabajo es importante para subsistir, pero también es obvio que, en posición de elegir, casi nadie elegiría el trabajo frente al placer, a menos que ese trabajo tenga también alguna fuente muy poderosa de placer. Leer, entonces y en conclusión, puede ser importante, según se trate de quien realice dicha tarea, pero pregonar la importancia abstracta de la lectura no es lo que conseguirá seducir a los potenciales lectores: hay que dar pruebas de que incluso siendo un ejercicio humano importante puede ser también altamente placentero.



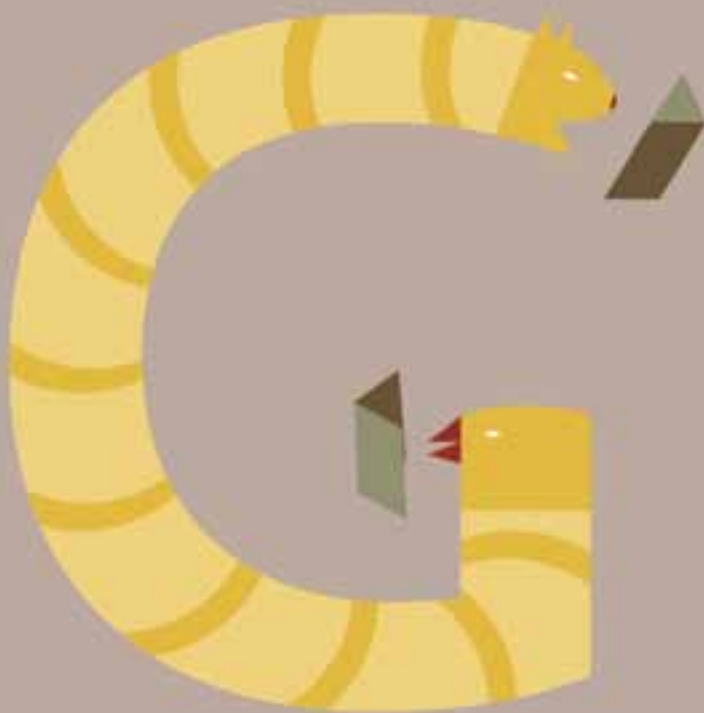
5 3 6 0 2 0 6 2 5



La lectura como signo de prestigio social se ha convertido en un *cliché* al que tenemos que combatir para que no termine siendo un obstáculo en nuestro proselitismo lector. No leemos en realidad para adquirir más prestigio social y, de hecho, por mucho que leamos no obtenemos ese prestigio sino equívocamente. En una sociedad que privilegia el consumo y la acumulación de bienes, ser lector es como ser desocupado, pues quienes se dedican a hacer negocios y dinero (y gozan, por tanto, de prestigio social) no tienen tiempo ni ganas de leer, es decir, no tienen tiempo para perderlo en la lectura. En una sociedad que mide el éxito individual de acuerdo con el éxito económico y confiere rangos en función del poder alcanzado, leer muchos libros puede constituir incluso una desviación en

el camino recto del ser productivo. Leer sigue siendo una ocupación de vagos, pero es mejor mil veces reivindicar este amateurismo de la lectura que pregonar falsas concepciones del éxito social a partir de la cultura escrita. Cuando los millonarios y los magnates, cuando los políticos y los hombres de Estado, cuando las figuras públicas de toda laya se caractericen por ser lectores inveterados, entonces podremos validar el oficio de leer libros como signo de prestigio social. En tanto ello no sea así, hay que hablar con absoluta sinceridad sobre este tema: leen, sobre todo, quienes están más interesados en el placer y en el conocimiento que en los bienes materiales y el dinero, y su éxito en la lectura es casi siempre inversamente proporcional a su acumulación de fortuna económica y de éxito social. Se lee incluso contra ese éxito social y en medio del desdén que la sociedad mercantilista tiene por el libro y la lectura, independientemente de que los discursos políticos y económicos sentencien, con hipocresía, que el hábito de leer —aunque el hábito no haga al monje— nos hará exitosos. La sociedad está regida por

personas exitosas que no se distinguen precisamente por leer libros. Y la mayor parte de los que tienen el poder económico y político no alcanzaron este estatus por su calidad de lectores.

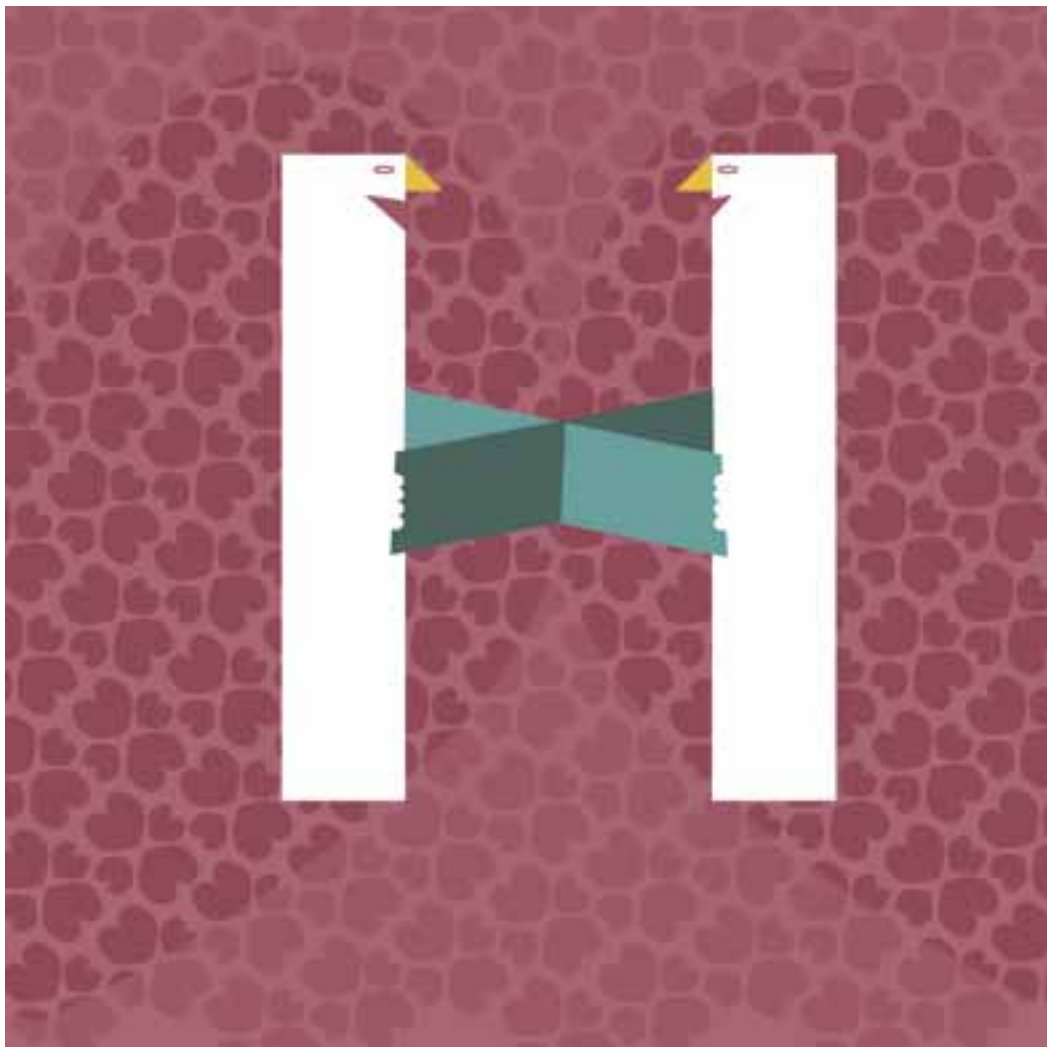


La lectura nos proporciona un solaz muy diferente del que nos dan otras actividades. Incluso si éstas son altamente placenteras, al leer comprendemos y sentimos de otra manera. Se ha dicho muchas veces: no somos los mismos antes de leer que después de leer, o al menos habría que esperar que no seamos los mismos. Sin embargo, no debemos olvidar que leer no se reduce a la decodificación del alfabeto y del lenguaje escrito que con él se efectúa. Leer es un verbo plural y una acción múltiple. Hay una diversidad lectora y debemos reivindicar la bibliodiversidad y la lectodiversidad como formas totalmente válidas en la adquisición de cultura y en el ejercicio del placer. Leemos en la pintura, leemos en la pantalla, leemos, de algún modo, incluso en los sonidos de la música y no sólo en los signos de

la página pautada. Todo el tiempo estamos leyendo y leyéndonos. Pero lo que tiene de más profundo el acto de leer en el texto escrito es que nos permite dudar de lo que estamos leyendo. No dudamos, en cambio, cuando vemos una puesta de sol o cuando la lluvia nos empapa: sabemos que el sol es indudable y que la lluvia es incuestionable. Están y son más allá de lo que queramos. Al leer, reflexionamos sobre lo que dice la página (ya sea en el papel o en la pantalla), enmendamos mentalmente lo que nos parece equivocado o inexacto, a resultas de lo cual creamos otro texto u otra idea a partir del texto y de la idea que leemos. La lectura es, así, esencialmente, participativa y exige nuestra más profunda disposición. Por ello, cuando un libro o una página no nos interesan los dejamos, los abandonamos. No interesarnos por lo que no tiene atractivo para nosotros, ni satisfacción, ni seducción, es un derecho que nadie nos puede negar y al cual nosotros no debemos renunciar. No nos interesamos porque carecemos del deseo de penetrar en ese universo hecho de signos, de letras, de palabras, de ideas y emociones

que no nos dicen nada porque no nos hablan a nosotros en particular. En cambio, cuando estamos interesados en lo que leemos, el principio del placer cobra su mayor sentido: el libro o la página nos atrapan y somos incapaces de resistirnos a la tentación de gozar la lectura. Sin duda, ninguna lectura es exactamente pasiva, ni siquiera la lectura de los sonidos o de las imágenes visuales, pues incluso en estas lecturas, y a partir de ellas, meditamos, pensamos, estamos de acuerdo o disintimos, pero en el caso de la lectura textual es indispensable una colaboración que nos convierte en coautores y no únicamente en escuchas o en espectadores. La reelaboración de las ideas y los sentimientos en el momento mismo en que leemos un texto nos demuestra que estamos teniendo un diálogo, y quizá incluso un debate, con el autor. Lo mismo en el acuerdo entusiasta que en la más enfática refutación, los lectores del texto somos los pares y los colaboradores del autor. No siempre se puede decir esto de quien escucha música, a menos que sea un melómano, ni de quien mira pinturas, a menos que sea un experto en arte. Mucho menos

se puede decir de alguien que observa una gran obra arquitectónica. Lo que hace más ecuménica y universal la función del lector textual es que sólo requiere estar alfabetizado y entender lo que lee, pero aun si no entiende del todo o sólo una mínima parte, ésta es suficiente para participar en el diálogo con el autor. El código común es la lengua; el medio de expresión, es la lengua escrita. No hace falta ser gramáticos, especialistas, académicos, eruditos o expertos en lengua o en lingüística para entablar el diálogo con el texto, es decir, con el autor: basta tan sólo compartir ese código común que, más allá de técnicas narrativas, dramáticas o poéticas, más allá de formatos y estrategias, se resuelve en ideas y en emociones que no nos son ajenas. Incluso el cine requiere, a veces, para el diálogo, si no un experto en este arte, sí al menos un cinéfilo. En cambio, la lectura del texto sólo exige que alguien alfabetizado esté dispuesto a leer.





La lectura, aunque quiera medirse, es un bien intangible e inmensurable. Por eso su medida exacta no está en la cantidad de libros, páginas, palabras o caracteres leídos, sino en la forma en que enriquece nuestra vida. Podemos hacer indicadores y diseñar métodos estadísticos para la lectura, pero éstos no revelarán jamás lo más profundo de las consecuencias lectoras. Lo que podemos medir, de algún modo, con los números son justamente las consecuencias de la lectura, la cultura y la educación, que se traducen en un más amplio desarrollo sociocultural, mejores condiciones de vida y mayores capacidades y oportunidades intelectuales, lo que permite forjar una sociedad con mayor bienestar, más inteligente y, por tanto, menos egoísta, más solidaria, más libre, más justa y más tolerante.



F
S
O
W
M
A
E
S
O
C
Y
A
R
H
O
N
E

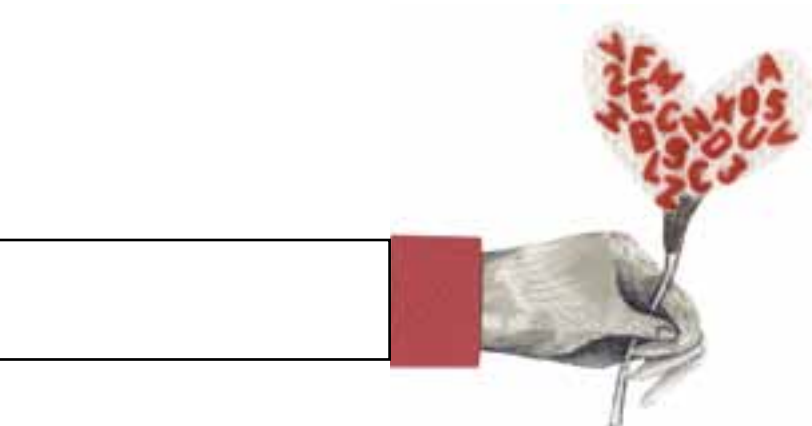


La lectura es, ante todo, un ejercicio pleno de libertad y, si queremos sumar a más personas a nuestro banquete, tenemos que echar mano de mecanismos creativos, sutiles, imaginativos, gratos, a fin de conseguir que el verbo leer recupere su sentido lúdico y generador de consecuencias placenteras. No obligar a leer, sino compartir la lectura. No imponer los libros o los textos, sino ofrecer opciones de lectura en un ambiente donde la democracia y el ejercicio de la libertad comiencen, precisamente, con elegir lo que queremos disfrutar. Mientras no entendamos esto, seguiremos sin entender por qué mucha gente no lee o se resiste a leer.



AGRADECIMIENTOS

Este librito es fruto de la conferencia magistral “La lectura como diálogo”, que sustenté en el Auditorio del Museo Torres Bicentenario, el 28 de junio de 2012, en Toluca –gracias a la gentil invitación del ingeniero Agustín Gasca Pliego–, como parte del ciclo de disertaciones en torno al libro y la lectura que organiza el Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal. Sin dicha invitación, este librito no existiría. Agradezco, pues, la convocatoria que lo hizo propicio y la iniciativa de convertirlo en libro para ampliar su público. Mi especial agradecimiento por el espléndido trabajo editorial y por las maravillosas ilustraciones, que dialogan con la palabra y la hacen más felizmente expresiva.



La lectura. Elogio del libro y alabanza del placer de leer, de Juan Domingo Argüelles, se terminó de imprimir en noviembre de 2018, en los talleres gráficos de Impresos Santiago, S. A. de C. V., ubicados en Trigo 80-B, colonia Granjas Esmeralda, delegación Iztapalapa, C. P. 09810, Ciudad de México. El tiraje consta de tres mil ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Adobe Caslon Pro, de Carol Twombly, de la Fundidora Adobe Systems Inc. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz e Irma Bastida Herrera. Formación y portada: Irma Bastida Herrera. Cuidado de la edición: Elisena Ménez Sánchez, Cristina Baca Zapata y el autor. Supervisión en imprenta: Carlos César Contreras Becerril. Editor responsable: Félix Suárez.